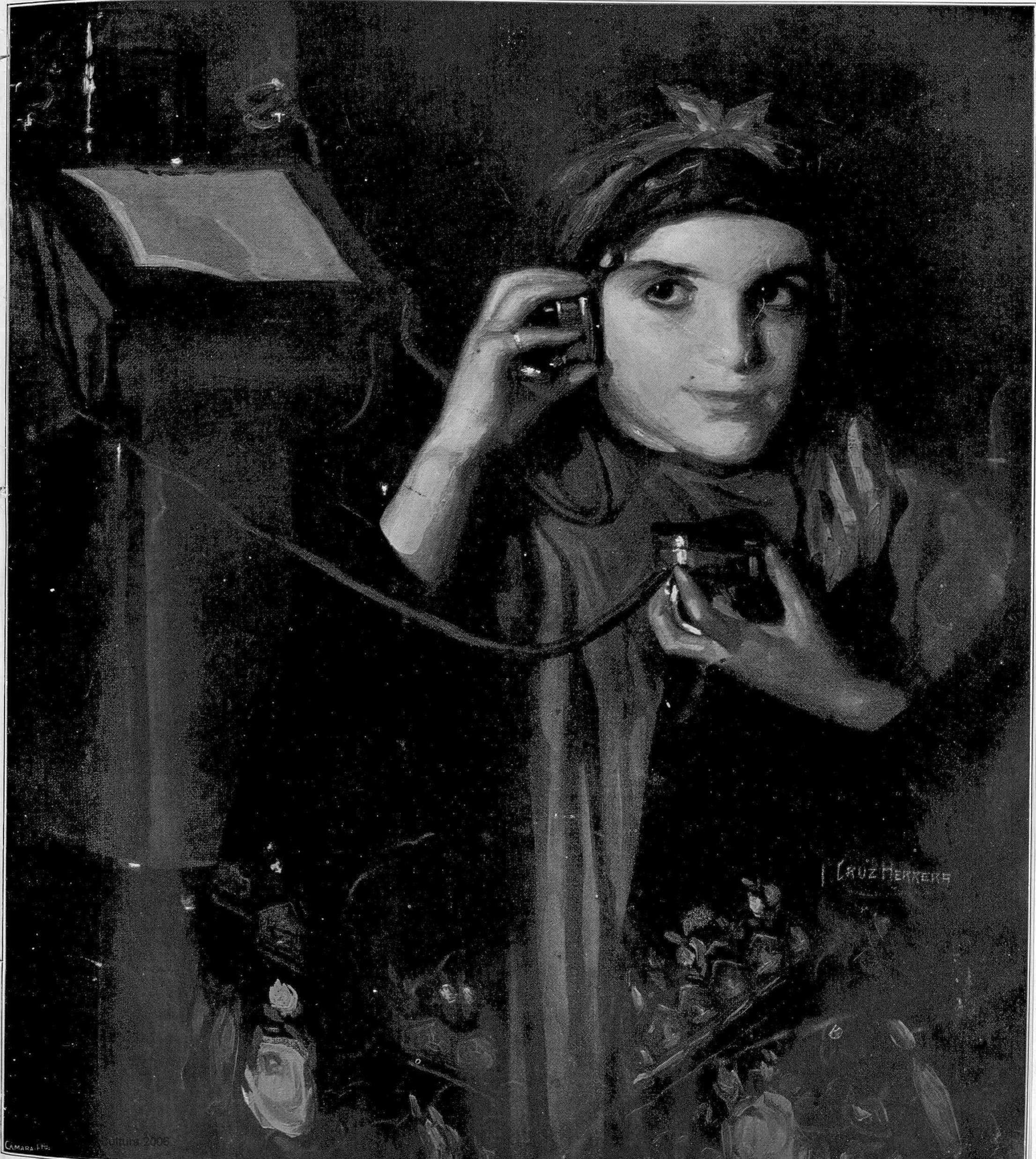


# La Esfera



Año II \* Núm. 72

Precio: 50 cénts.



CRUZ HERREIRA



Hasta para afeitarme,  
prefiero el Jabón  
*Heno de Pravia*  
porque suaviza la piel.

Ehrmann.

# La Esfera

Año II.—Núm. 72

15 de Mayo de 1915

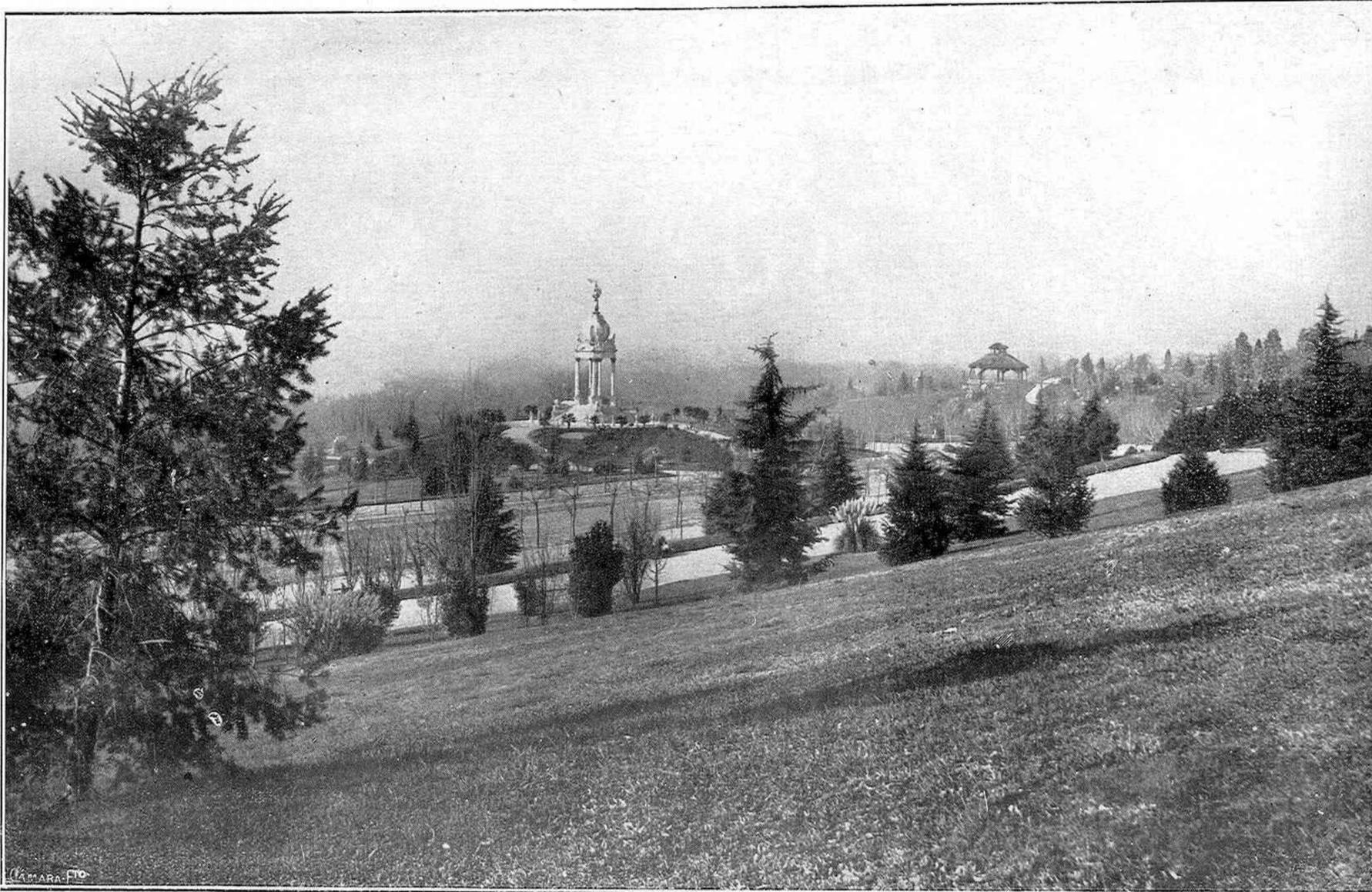
ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EXCMA. SRA. DOÑA MARÍA DEL PILAR DE LEÓN Y DE GREGORIO DIBUJO DE GAMONAL  
MARQUESA DE SQUILACHE

Ilustre y caritativa dama, protectora de artistas y literatos y bienhechora de los pobres, que ha fallecido en Madrid el día 8 del actual

## DE LA VIDA QUE PASA



Vista panorámica del Parque del Oeste

FOT. SALAZAR

## • ❖ • UN ATENTADO • ❖ •

EL paisaje que ofrece el campo de Madrid, contemplado desde el «mirador» del Parque del Oeste, es de una belleza soberana. En los atardeceres lascivos de Mayo, la voz de Anacreonte vibra en las florestas y en las frondas, requiriendo á los amadores, brindándoles camarines nupciales donde ofician de incensario las rosas.

Es en estos días la atmósfera enorme campana de cristal. Dentro de ella va dibujándose el paisaje.

La serranía se recorta sobre fondo azul, coronada por las perpetuas nieves, que caen desde los picachos al reborde de las laderas, como caen desde lo alto de la peineta á las redondeces del busto, las blancas mantillas de las majas, inmortalizadas por el genio de Goya.

De aquellas laderas parte un verde manchón que descende en olas mansas, apacibles, al encuentro de la ciudad.

Según avanza: las olas de ese mar va haciéndose más precioso, más contorneado el paisaje.

A la izquierda triunfan los matorrales y arboledas de la Casa de Campo; á la derecha los pinares y jardines de la Moncloa. Al pie de la Casa de Campo cincela Manzanares platerescos zig-zás; los juncos le hacen cortesías; los árboles ribereños se curvan para contemplarse en el espejo de las ondas. Las praderas son bordados tapices; nidial cada vivienda de las sobre ellos esparcidas.

El aire vibra acariciador, impregnado de humedades fecundas. Las nubecillas, flotantes en la atmósfera, son oro al reflejo solar. Las aves pasan y repasan bajo esas nubes, coqueteando con los abanicos de sus alas, trovando su amor...

Todo habla de belleza, de paz en esta égloga viva.

Más habla aun para quien viene á disfrutarla luego de recorrer los paseos y plazoletas del Parque del Oeste, las honduras y boscajes de la Moncloa. En aquéllos y en éstos son las impresiones menos plácidas, más hábiles para el despertamiento de la sensualidad, para el ensueño ó para la realización de galantes escenas ó de apasionados coloquios.

A la galantería ofrecen versallesco escenario los rincones del Parque con sus bancos, adosados por el ramaje de los pinos y por los palios de fragantes caireles que las lilas en flor tejieron; de galantería hablan los pájaros, requiriéndose con desvergüenza que envidiaría un Richelieu; á ella provocan el gotear de las fontanas sonando á chasquido de beso y los vahos húmedos que se escapan de las regueras.

En la Moncloa el escenario excluye lo superficial; allí no pueden representarse madrigales; allí el amor ha de ser poema hondo, intenso, con desenlace dramático tal vez.

En aquellas umbrías no son camarines eróticos los que tejen las plantas; son templos. La divinidad que los preside exige á sus fieles rendimiento absoluto: en cuerpo y alma.

No es galante, es apasionada la música de las fontanas. El ruiseñor reina en los árboles. Y el ruiseñor no es un amante á lo don Juan. Lo es á lo Marsilla ó á lo Manrique.

Con unas ú otras impresiones se llega á la balaustrada del «mirador». Contemplando el paisaje que desde el «mirador» se domina se aquietan las ansias del espíritu ó los incendios de la sangre. Es este paisaje tan armónico, tan reposada su belleza que nos irae á la beatitud, á la mística serenidad.

De ella gozamos por completo. Pero ¡ay! que si los ojos, puestos en la sierra, en la Casa de Campo, en los valles y cerrillos de la Moncloa, se dirigen á los bajos del Parque del Oeste, la

beatitud se cambia en ira y la mística serenidad en gesto de horror.

Obra es ello del «monumento» que, dedicado á los héroes españoles de América, se yergue en el centro de la hondonada, como un reto á la belleza y al buen gusto.

Nada tan antiartístico, tan desentonado con el resto del cuadro, como ese templete á que sirve de remate un globo terráqueo, sostenido por cuatro columnas achaparradas y groseras.

Los héroes españoles que pelearon en América son héroes totales. Lo fueron en vida y siguen siéndolo después de muertos.

¡Porque ya hace falta heroísmo para aguantar el «monumento» que les ha dedicado el Municipio de Madrid!...

Es una ampliación de «ramillete» de confitería barata.

No hay derecho á enconfitar á los héroes españoles.

Tampoco lo hay para afrentar á la campaña de Madrid con ese adfesio.

El tal «monumento» hace el mismo papel y produce tan horrible impresión, como el que haría y produciría intercalada en una égloga de Virgilio una cuarteta de Carulla.

Ese «monumento», por ser como es y estar donde está, constituye un imperdonable atentado.

De él toca la mayor parte de la culpa al Ayuntamiento de Madrid, que recibió la obra y la emplazó en la campaña madrileña, para tormento de los ojos y vergüenza del arte.

Si quiere lavarse de esta culpa nuestro Municipio, sólo tiene un recurso:

Derribar el antipático pegote, y tirar al río los escambros.

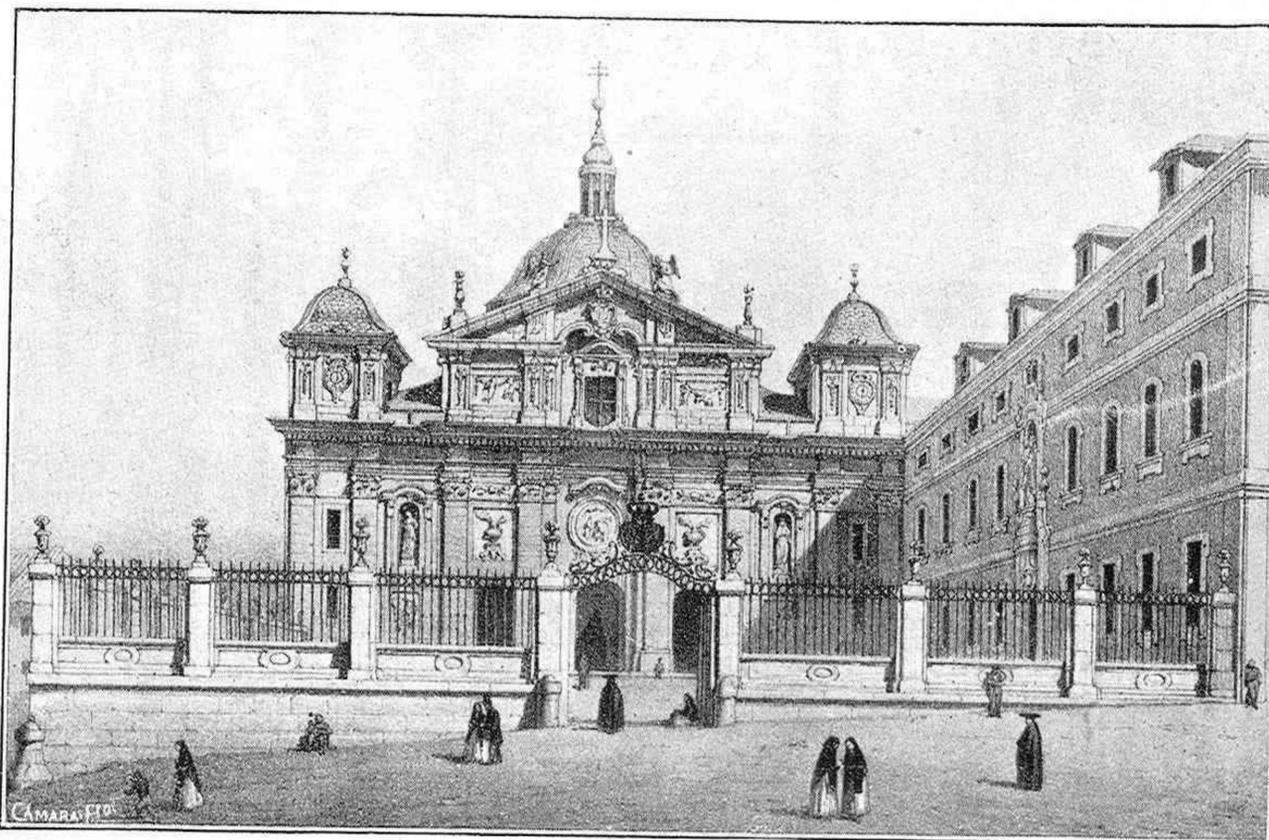
El Manzanares puede ser al objeto, un Jordán.

JOAQUÍN DICENTA

# LAS SALESAS REALES

(PALACIO DE JUSTICIA)

Más allá de la antigua calle de San José, luego llamada de la Veterinaria y en diversidad de sitios, que todos fueron comprados para este objeto, se fundó por la reina María Bárbara y su esposo D. Fernando VI, en 1758, el suntuoso monasterio de la *Visitación* de religiosas *Salesas*, con su extendida huerta y jardín, que en unión del monasterio comprendían el inmenso espacio de 750.525 pies, y todavía se agregaron á él otras posesiones contiguas, quedando convertido aquel lugar de recogimiento en un soberbio palacio, al que nada le faltaba: sitio de recreos, celdas ventiladas y sanas é iglesia espléndida y ricamente alhajada constituían el convento de las *Salesas*.



El convento de las Salesas Reales, según una estampa antigua

preciosidad de su ornato y accesorios, entre los que sobresale el sepulcro de los reyes fundadores, que es, sin duda alguna, el más ostentoso de Madrid, merece el dictado de obra de arte.

En el otro lado del crucero se ostenta la suntuosa tumba, elevada por suscripción nacional, al general don Leopoldo O'Donnell, duque de Tetuán, enterrado allí por voluntad de los reyes y por derecho propio de ciudadano ilustre.

El convento, como vemos, podía llevar orgullosamente el título de palacio regio, como decimos, especialmente la parte designada con este nombre por la reina fundadora, que destinaba á su habitación, y que era la que mira á los jardines.

Se invirtió en esta grandiosa fundación la enorme suma de ochenta y tres millones de reales, según unos, y la de diecinueve millones de reales según otros. Esta diferencia se establece por que los unos valoraban, no sólo el monasterio, sino también los anejos á él, huerta, etcétera, etc., y los otros valoraron sólo la obra del monasterio, sin contar para nada el precio de los terrenos y demás obras verificadas hasta la total terminación del hermoso asilo de religiosas *Salesas*.

Lo cierto del caso es, que según una nota que aparece en el testamento de doña María Bárbara—cuya copia se conserva en la Biblioteca Nacional—, el coste total de las *Salesas Reales* fué el de 85.000.000 de reales.

En cuanto á la grandeza y mérito artístico del edificio no es posible negársela sin notoria injusticia, por que si bien no es todo lo rico de ornamentación que hubiera podido ser de haber sido construído años después, con los adelantos del arte y del buen gusto, y teniendo en cuenta las sumas invertidas, tampoco podemos negarle una suntuosidad y una solidez nada comunes.

La edificación fué dirigida por los célebres arquitectos Francisco Carlier y Moradillo, aunque existen razones fundadas para creer que Moradillo sólo sirvió en esta ocasión como auxiliar de Carlier, que fué realmente el que hizo los planos.

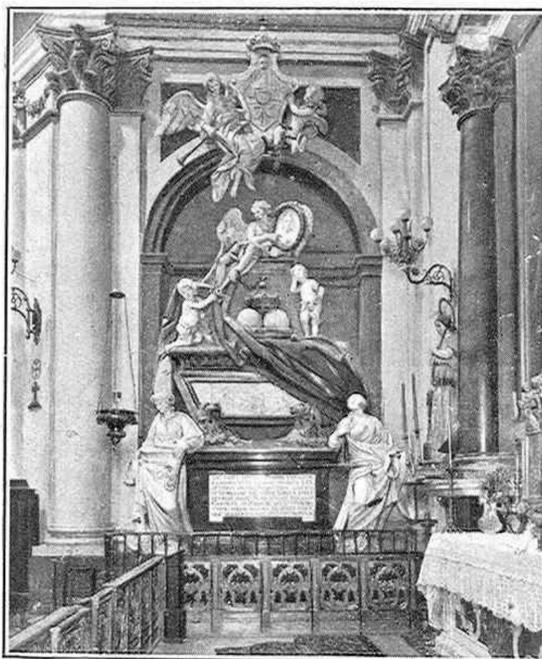
Carlier, arquitecto francés, era hijo y discípulo de Renato Carlier, profesor de arquitectura en la Academia de San Fernando desde 1752.

Construyó la iglesia de El Pardo y la de los Premonstratenses de Madrid, comenzando en

Estos jardines, de los cuales ya hoy no queda ni recuerdo, ni de la huerta, desaparecida también, al quedar convertido el edificio en Palacio de Justicia, eran un verdadero edén según nos refieren historiadores de la época. Nos hablan también de una linda cerca, cubierta de florecillas diversas que embalsamaban los aires y que cuidaban con sus manos de jazmín aquellas nobles damas allí recluídas y á las que acompañaba la reina en estos menesteres muchas tardes de ociosidad piadosa, cerca que llegando á los paseos de Recoletos y de la Ronda seguía hasta incorporarse con la otra del extinguido convento de Santa Bárbara y que también fué demolida para el ensanche y construcción del paseo antedicho.

Lanzada la comunidad en 1870 por razones que no son del caso enumerar, el convento aristocrático pasó á ser Palacio de Justicia y la tranquilidad de los claustros fué turbada por las resonantes voces de los criminales y por la oratoria más ó menos elocuente de los letrados.

Donde jamás se asentara el delito, entró para ser juzgado y desde entonces han venido



Sepulcro de Fernando VI en la iglesia de las Salesas

1750 la construcción de las *Salesas* (hoy terriblemente dañadas por incendio voraz y que estaba, en la actualidad, destinado á Palacio de Justicia). Las obras terminaron en 1758 y las inauguraron sus majestades con gran pompa.

Se dice que Sachetti había hecho un proyecto de convento, pero el rey gustó más del proyecto de Carlier, y este fué aprobado por doña Bárbara y Fernando VI.

El templo de las *Salesas*, por su elegante forma, por la riqueza de sus materiales y por la



FERNANDO VI



DOÑA BÁRBARA DE BRAGANZA



La iglesia de las Salesas Reales en la actualidad

funcionando sin interrupción los tribunales de justicia, en lo que fué monasterio de la *Visitación* de religiosas *Salesas*.

Antes de la fundación de este magnífico monasterio y según un plano del siglo xvii, ocupaban aquel sitio varias casas y huertas, y desde el altillo que hoy forma la *plazuela de las Salesas* corría recta la calle del mismo nombre (entonces llamada de los *Reyes Alta*), á salir á la calle de Alcalá, por donde después fué jardín conocido por el del *Valenciano*, y entre donde después se alzaron los edificios de *Buena Vista* (hoy Ministerio de la Guerra) y la *Dirección* de Infantería.

Todo esto ha variado completamente con la roturación al Paseo de Recoletos de las calles del Saúco, Piamonte y Salesas, en donde hoy se levanta uno de los barrios más elegantes de Madrid.

Se han contado muchas historias fantásticas respecto al convento de las Salesas. Entre ellas, la de que éste tenía una galería subterránea que servía para comunicarse con el palacio real, al propio tiempo que por otra también conducía á las religiosas á otro convento, el de Santa Bárbara, no lejano de aquél. Todas estas son patrañas inventadas por la fantasía del pueblo, que veía entrar en aquella mansión con frecuencia á los reyes, y quería á todo trance darle misterio á aquellas visitas de las que no siempre los vieran salir.

Otro incendio ocurrió hace ya unos años que puso en grave peligro la iglesia; afortunadamente quedó reducido á la cúpula de la nave central, que pronto fué reconstruida.

También no hace muchos años el señor presidente del Tribunal Supremo, temiendo por un incendio como el ahora ocurrido, y enterándose de que el edificio estaba sin asegurar, puso una

comunicación al entonces ministro del ramo, indicándole la conveniencia de asegurar el hermoso palacio. Sin duda alguna el ministro no opinó lo mismo que el presidente del Tribunal Supremo ó el oficio se extravió, pero es el caso que no obtuvo contestación la reclamación del presidente.

Inmensa desgracia es esta de la destrucción, aunque no sea más que en parte, del Palacio de Justicia; los trastornos gravísimos que ha de originar este siniestro, no podemos alcanzarlos de una ojeada, pero poco á poco nos daremos cuenta de su importancia. La desgracia pudo ser mayor, de confirmarse lo que se temió en un principio: lo horrible.

La hermosa biblioteca del Colegio de Abogados destruída, el archivo perdido en su mayor parte, las riquezas allí atesoradas, incendiadas sin haber podido salvar más que algunas de ellas.

Diffícil resulta resolver el conflicto; la atención de todos los elementos oficiales y no oficiales debe fijarse en esta desgracia para evitar su repetición, interrumpiendo la marcha de los Tribunales.

El Gobierno tiene la palabra, la voluntad del pueblo español la tiene para en apretado núcleo pedir y ayudar á reconstruir aquel edificio, recuerdo de épocas gloriosas de nuestra querida España, hoy desdichadamente perseguida por la mala estrella.

JUAN GÓMEZ RENOVALES



La fachada principal del Palacio de Justicia, por donde empezó el fuego

PÁGINAS POÉTICAS



**AMBICIÓN DE GUSANO**

De flor en flor saltando la mariposa  
al sol muestra su brillo multicoloro;  
son sus alas los pétalos de una rosa  
salpicados de escarcha, carmín y oro,

Fué oruga, fué crisálida, vil gusano  
que trepaba, arrastrándose á los rosales  
y burlando la inquina del hortelano  
buscaba fugitivo los matorrales.

Ahora vuela á su antojo, se ama en el aire  
y los otros gusanos, siempre en capullo,  
su ligereza envidian y su donaire.

creyéndose capaces de iguales galas.  
Ignoran que á despecho del vano orgullo,  
no á todos los gusanos les nacen alas,

EMILIO BOBADILLA

DIBUJO DE BARTOLOZZI

(Fray Candi)

**LA PIRAGUA**

Barquera, ven: la noche está serena;  
cuajada hasta el confín de extrañas luces.  
Al son de tu doliente cantilena  
¡á cuánta gente anónima conduces!

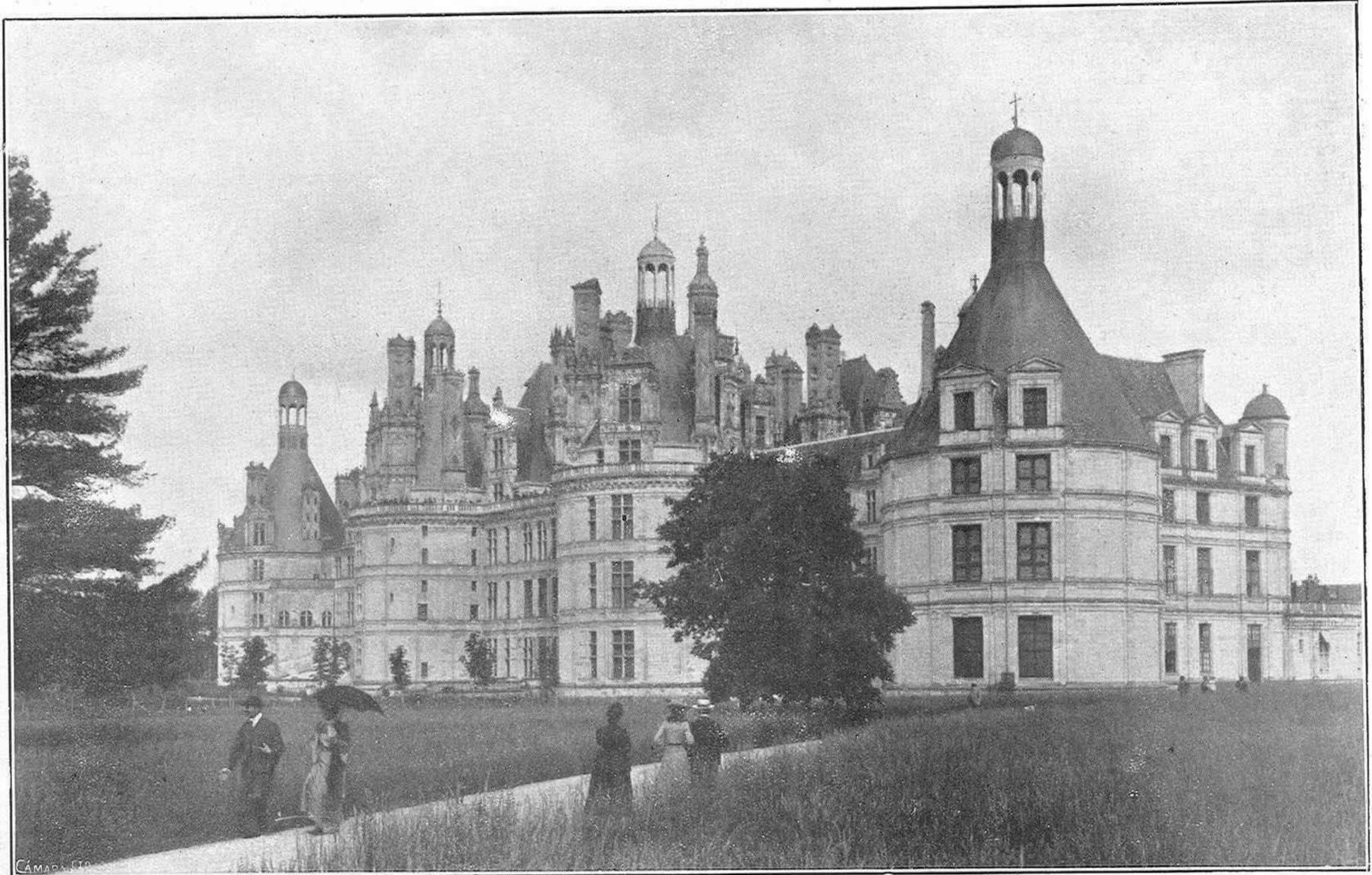
El río blando, cadencioso rueda  
en el milagro de la noche de oro;  
se adormece al pasar por la arboleda  
y al volcarse en el mar, bulle sonoro,

Barquera, ven; ignotas suavidades  
mueven la fronda y tiemblan en el agua  
como caricias hechas claridades,

En el éter azul la luna brilla.  
Barquera, ven: apresta tu piragua  
y pásame en silencio á la otra orilla.

BARTOLOZZI

UN PALACIO REAL EMBARGADO  
**EL BORBÓN QUE REINÓ DIEZ HORAS**



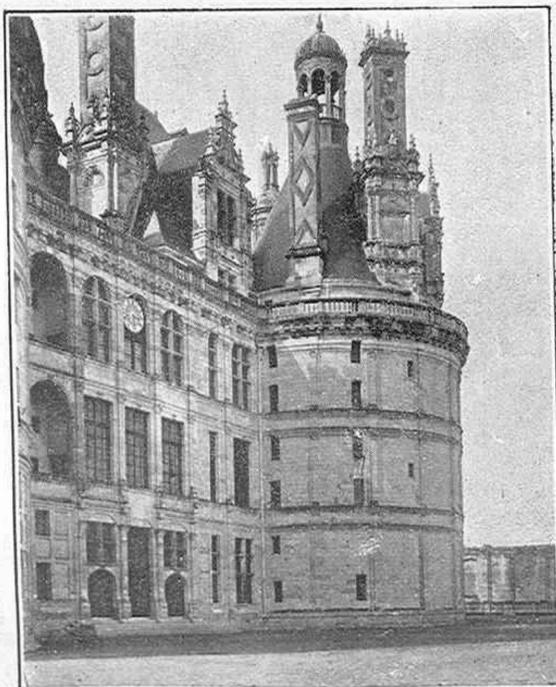
Vista de una de las fachadas del castillo de Chambord

**L**a comisión ó tribunal ó junta que en París investiga y embarga los bienes y fincas de los alemanes y los austriacos, ejerciendo con ello una nueva especie de corso terrestre, se apoderó hace pocos días del castillo de Chambord. Para muchos franceses fué una verdadera sorpresa saber que la antigua mansión real pertenece en la actualidad á un austriaco, y



EL CONDE DE CHAMBORD

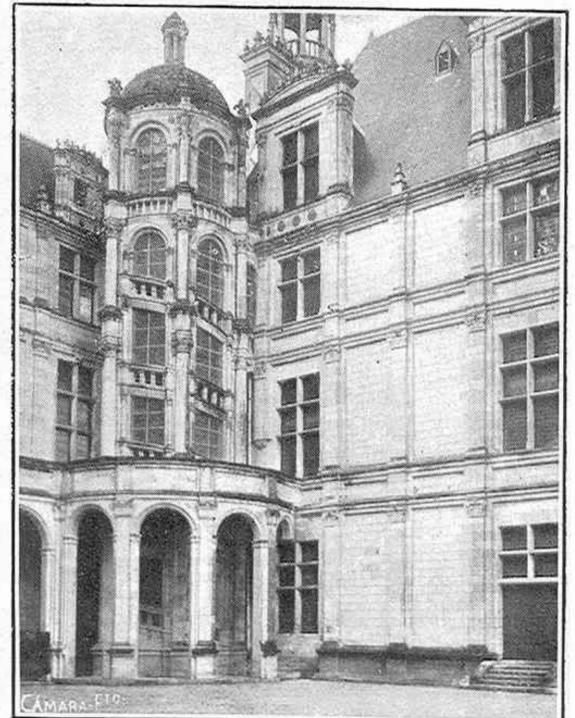
palacio de Chambord es de lo más hermoso que produjo el Renacimiento francés. Es severo y grandioso. Se alza en medio de un parque espléndido, cuyo muro de cerca mide más de seis leguas. Tiene 440 habitaciones. Las que ocupó desde el principio Francisco I, situadas en uno de los pabellones extremos, se amueblaron y adornaron ricamente, con exquisitas obras de



Exterior del pabellón de Francisco I

para no pocos españoles será otra sorpresa enterarse de que dicho austriaco es, en realidad, un español, y de los más señalados y encumbrados, aunque todo esto parezca absurdo.

El castillo de Chambord ha sido, en efecto, palacio real y figuró hasta que á Napoleón se le ocurrió regalarlo, entre los bienes del Patrimonio de la Corona de Francia. Lo mandó edificar Francisco I, el rey que perdió, á manos españolas, todo menos el honor, el rey que estuvo prisionero en Madrid en la torre de los Lujanes. El



Detalle del pabellón de Francisco I

arte, y así se conservaron durante varios reinados. Luis XIV gustaba mucho de retirarse a Chambord. Acompañábale lo más florido de su corte y no se interrumpían las expediciones de caza, las fiestas bucólicas, los saraos y los banquetes. En un gran salón del Palacio hay una inscripción que dice: «Aquí representó Molière, ante Luis XIV y sus cortesanos».

Napoleón Bonaparte, el mayor tijeiteador de mapas que ha conocido la Humanidad, que inventaba reinos para regalarlos, desgajó del Patrimonio Real el castillo de Chambord y lo regaló al príncipe de Wagram, quien instalóse en el pabellón de Francisco I y vivió como un rey, sin las preocupaciones del reino, hasta la caída del Imperio.

Empezó después de la Revolución de 1830, entusiasta y ardorosa, la campaña de los legitimistas. La familia real francesa no se había extinguido al caer en la guillotina las cabezas de Luis y María Antonieta, ni después de la abdicación de Carlos X y de haber renunciado su hijo el delfín Luis Antonio sus derechos a la corona. Quedaba un niño de diez años, á quien en su nacimiento póstumo se le había llamado el «niño del milagro». Para los legitimistas, su milagro estuvo en el hecho de nacer, reanudando la línea de varones interrumpida. Su padre fué el príncipe Carlos Fernando de Artois, duque de Berry, que murió asesinado por Luvel el 14 de Febrero de 1820.

No dejaba hijos, y como el delfín tampoco los tenía, parecía ya extinguida la línea primogénita de los Borbones. Pero la duquesa de Berry había quedado en cinta, y á los siete meses, el 29 de Septiembre de aquel mismo año, dió á luz al príncipe Enrique Carlos Fernando. Se le tituló al nacer duque de Burdeos.

Amenazaban ya aires revolucionarios. Los legitimistas franceses, que sostenían con grandes esfuerzos el trono de Luis XVIII, quisieron celebrar el nacimiento del «niño del milagro», con un plebiscito y acordaron comprar por suscripción pública el castillo de Chambord, rescatándolo de las manos de la viuda del príncipe de Wagram y reintegrándolo al Patrimonio de los Reyes legítimos de Francia. La suscripción dió un espléndido resultado. «El niño del milagro», cuyo nacimiento habían cantado Víctor Hugo y Lamartine, y para quien Chateaubriand había facilitado agua del Jordán, continuaba siendo una esperanza para los monárquicos franceses,

que creían se afirmaría en sus sienes y en las de sus herederos la corona de Francia.

Pero la realidad fué ingrata. Tras los seis años del reinado de Carlos X llegó la Revolución de 1830. Abdica el Rey en su hijo el delfín Luis Antonio, quien renuncia sus derechos á la Corona en favor del duque de Burdeos y conde de Chambord. Era el 2 de Agosto. Las Cámaras están reunidas y van aceptando estas decisiones del Monarca caído. Nadie discute en ellas el derecho legítimo del conde de Chambord, pero su escasa edad hace temer nuevas perturbaciones. Precisamente lo que Francia necesita es un rey que tenga carácter, que imponga su voluntad, que se haga respetar y temer, y ante el conde de Chambord, niño de diez años, surge la figura de Luis Felipe de Orleans, de la rama segundona de los Borbones. Es teniente general del ejército francés; tiene cincuenta y seis años. Carlos X y el duque de Angulema, viendo el peligro, proclamaron rey de Francia al conde de Chambord en las primeras horas del 7 de Agosto y piden á las Cámaras que sancionen y acaten al nuevo Monarca.

Al atardecer, las Cámaras votan y proclaman Rey á Luis Felipe de Orleans. El conde de Chambord ha reinado un día, menos aún, diez horas. Nueve días después sale de Francia con los suyos. El castillo de Chambord queda abandonado y silencioso. Unos guardas y criados lo custodian y lo asean, y las caravanas de turistas lo invaden de vez en cuando para curiosear recuerdos regios.

Desde el extranjero el «niño milagro» mantiene las esperanzas de los suyos y engaña las suyas propias. Cae en el error de todos los partidos legitimistas; abroquelándose en su derecho escarnecido, no transigen con los movimientos revolucionarios que los han despojado y quieren retrotraer la vida entera de una nación al punto inicial del conflicto. Pero los años van pasando y en medio de dificultades y alteraciones Luis Felipe va envejeciendo en el trono. Su reinado dura diez y ocho años. Al cabo de ellos la rama segundona de los Borbones, recibe por castigo, una repulsa igual á la que ella había contribuido á infligir á la rama primogénita. Luis Felipe, á los 75 años, renuncia la corona en favor de su nieto el conde de París, que tenía á la sazón diez años; la misma edad que el conde de Chambord cuando en 1820 recibió la corona de Carlos X. En vano se intentó arrancar á las Cámaras la sanción y acatamiento del

nuevo Rey. Las Cámaras votan la República y la rama Orleans marchó á la expatriación, como habían marchado antes sus amados primos los auténticos Borbones.

Entre tanto, el conde de Chambord había hecho un buen casamiento, en que el amor y el interés habían coincidido, con María Teresa de Austria-Este, tres años mayor que él, hija primogénita de Francisco IV, duque de Módena y hermana de María Beatriz, quien á los pocos meses después había de casar con el infante de España D. Juan Carlos María de Borbón. Era María Teresa mujer de carácter, de tercas convicciones y, además, llevó al matrimonio una cuantiosa dote de millones. Entre otros bienes aportó el castillo de Frohsdorf, en Austria, hoy propiedad de nuestro D. Jaime.

Estos enlaces unieron los destinos de las dos ramas de los Borbones: la de Francia y la de España, que estaban destronadas. El conde de Chambord pudo ser rey de Francia, y hubiese reinado con el nombre de Enrique V algo más de las diez horas anteriores, pero parapetado tras su estandarte blanco matizado de flores de lis, se negó á aceptar como hechos consumados cuanto fué obra de Luis Felipe, de la Segunda República y de Napoleón. Hubo una época en que se le deseaba, se le llamaba. Mac-Mahón, presidente de la República, y el duque de Broglie, presidente del Consejo, le dejaban conspirar, alentaban á sus partidarios... Pero el conde de Chambord, sin desistir, sin negarse, no quiso ser Enrique V.

Al morir, en 1833, legó sus derechos á nuestro D. Carlos, único sucesor que había por línea masculina no interrumpida de Enrique IV de Francia y de Felipe V de España, y que, por lo tanto, debería reunir ambas coronas sobre su frente. Sus bienes heredólos el infante D. Juan, como esposo de doña María Beatriz y de éstos el infante D. Alfonso. Y ahora, Francia, á pretexto de que los duques de Módena, expatriados también, son príncipes de Austria, y no sabemos si el infante D. Alfonso ha abandonado su condición de español para tomar la nacionalidad austriaca, embarga el castillo de Chambord con su admirable parque y sus numerosas obras de arte. «Ya Molière no volverá á representar sus farsas ante un rey galante y una turba de cortesanos alegres...» *Sic transit...*

MÍNIMO ESPAÑOL



Fachada principal del castillo de Chambord

# Fantasías de Primavera



## La Pradera de San Isidro

No se me ocultan, amigo mío, los muy legítimos deseos que quieren traerte á la Corte en este mes florido de los gratos ortos y los lentos ocasos. Pero me pides consejo de la mejor fecha para el viaje y ya aquí empiezo á dudar y á inquietarme.



Y no por el lógico temor de verte entrar por las puertas de mi casa, seguido de tu mujer, los cuatro hijos, tu cuñada y el sobrino que cantará misa para Septiembre de 1916 y antes quiere divertirse un poco...

No; no es por eso.

Para ello soy madrileño y el buen madrileño ha de tener estos días abierta su casa á parientes y amigos más ó menos lejanos

a quienes atrae la voz de sirena de las Compañías de Ferrocarriles.

Es que si piensas en algo más que entorpecerme mis horas, inquietar mis días y vaciar mis bolsillos, vas á sufrir un desencanto.

No te dejes engañar por falaces promesas de feria en el Retiro, cabalgatas, iluminaciones y otros festejos populares con que el Ayuntamiento pretende desorientar este año para que no pensemos en los horrores secretos y públicos que allá dentro se cometen.

A varios Mayos pretéritos quisieron también colgarles estas flores de trapo de los edílicos regocijos, sin tener en cuenta que al Mayo madrileño le basta con sus lilas de la Casa de Campo, sus perfumadas mañanitas del Retiro y el gentil taconeo de las mocitas pícaras ó sentimentales que cambian ahora los peludos mantones por esos negros, airosos, de crespón cuyos flecos han prologado tantos amoríos, enredándose en el botón de una manga masculina...



Este año han retrasado también la fiesta que llaman de la flor para que vérais mantillas por la calle como en Semana Santa y para que las mocitas de hogaño os cobren el derecho de atravesar las calles, ni más ni menos que los hampones de antaño vendían á los «isidros» de entonces, tarjetas de libre circulación para pasear por las aceras de sombra y dar la vuelta á la Puerta del Sol ó para beber sin grave obstáculo de guardías, en las fuentes públicas...

No sé si habrás leído á Fernández de los Ríos, á Mesonero Romanos y á cuantos después de ellos se dedican á fusilarles á mansalva, porque

no hay nada tan socorrido para las colaboraciones en los periódicos hoy día que acudir á estos jugosos historiadores del Madrid antiguo y escribir y cobrar artículos en que hasta las reglas tipográficas debieran ruborizarse.

Por si acaso, te diré que la actual Pradera de San Isidro dista mucho de ser aquel ameno y deleitoso lugar donde el año 1528 se erigiera, por mandato de la cesarina Isabel, esposa de Carlos V, en memoria de la fuente milagrosa que hizo brotar á golpes de ahijada San Isidro, Labrador para apagar la sed de su amo Ivan de Vargas.

Ni mucho menos son estos los tiempos en que allí había osos como el que acometiera á Isabel la Católica, según la tradición, y que Isabel la Católica, mujer capaz de tales heroicidades como aquella de no cambiar de camisa mientras duró el sitio de Granada, mató de un rejonazo.

Ni esta ermita de ahora es aquélla, pues la de ahora la reedificó casi por completo el marqués de Valero en 1721, ni creo que la milagrosa agua que aún sigue fluyendo, sane de calenturas al que lleno de fe,

el labio al raudal se inclina y bebe de su dulzura,

como sanó el príncipe D. Felipe.

Acaso tampoco podamos llamar pradera á la calva loma de orillas del Manzanares, donde tampoco podrían celebrarse fiestas como aquella que con lamemoria puesta en Venecia, celebróse el año 1637 en doradas barcas para los Reyes y su cortejo y con gran alegría de músicas para regocijo de todos...

Pero te quedan los cementerios, las calenturas que puede causarte el río y no curarte la milagrosa fuente, los precios extraordinarios de las desvenecijadas manue-las, las rosquillas, los botijos, los pitos, los vasitos de aguardiente, los tíos vivos, los columpios, los churros, las barracas de fenómenos, el escabeche, el portazgo del pontón de madera, las proposiciones de negocios fabulosos hechas por mozos de tufos en la sién y saliva en el colmillo...

¡Ah! Y las mujeres. No importa que sean inaccesibles para tí. No importa que las veas pasar envueltas en los pañolones filipinos, ó que se te burlen con timos castizos y palabras «fetén»; no importa que si te propasas algo acudiendo á la elocuencia de las manos por que te falte la natural de la boca, te sacudan una bofetada como



para quitarte la posibilidad de un dolor de muelas en lo que te resta de vida.

Sólo por ellas podrías ir á Madrid, como sólo por ellas, por verlas tan graciosas é inimitables, acudimos á la romería de la Cara de Dios y después de ésta de San Isidro iremos á las verbe-



nas de San Antonio y de San Juan y de San Pedro y de San Cayetano, San Lorenzo y la archicasta de la Virgen de la Paloma.

A la sombra de sus brillantes pupilas y en torno de su alegría y como consonantes para la vernal frescura de su juventud, los regocijos populares adquieren para nosotros un encanto siempre remozado y como recién salido del alma.

Todo es viejo y polvoriento y cansado y duro de mascar y abrasador de beber, sin embargo, en torno suyo. Vistas á la cruda luz del sol aparecen lamentables las lonas de tenderetes y de tíos vivos; no tienen nada de apetitosas las rosquillas ó los torraos, almendras garrapiñadas y tortas capaces de agujerear, más pronto que una piedra, los panzudos botijos.

Hasta las mismas manzanas y naranjas, incluso los churros que vimos caer blancos y cambiarse en rubios en la ancha caldera de aceite hirviente y humeante, nos parecen usados y de segunda mano.

No importa, amigo mío. Para el buen madrileño, como para el buen Isidro, la cuestión es volver luego por los puentes de Toledo y de Segovia de bracerero con una mocita de «postín» gritando:

A San Isidro he ido y he merendao; más de cuatro quisieran lo que ha sobrao...

Pero ahora caigo ¡miserero de mí! en que pensando disuadirte de venir á la romería de San Isidro, sólo haya logrado acicatear más aun tus deseos.

En buena hora vengas y ten presente que en estas casas modernas donde hay baño, termosifón, gas, ascensor, teléfono, calefacción central, tres retretes, timbre para los carteros, portero de librea y visita trimestral del recaudador de inquilinatos, no suele haber cuartos para los forasteros... ni siquiera para los que en ellas tenemos la desgracia de vivir.



Luis F. HEREDIA

DIBUJOS DE GALVÁN

## LA SOMBRA DE HAMLET



—¿Eres el fantasma del amor perdido?

—¡Soy Hamlet! ¡Despierta!  
Si mi voz extraña lacera tu oído,  
niña desvelada, ciérrame la puerta,  
pero inútilmente, pues por su juntura  
soplarán mis labios vientos de ironía.  
Quien rompe la piedra de su sepultura,  
también tus cerrojos quebrantar podría.  
¿Tú, quién eres?—dime—. Que eres hembra veo,  
pero ¿cuántos hombres en tu pecho caben?  
Uno, en tu delirio, y otro, en tu deseo,  
y honesta te llaman los que no lo saben,  
y así, vais hilando vuestro eterno copo;  
llenando de azahares la frente marchita  
que abraza la culpa y absuelve el hisopo  
con la clara lluvia del agua bendita.  
Por mil conjunciones de casualidades,

tenéis limpios ojos, dorados cabellos  
y labios con mieles de frivolidades  
y alguna mentira siempre puesta en ellos.  
¡Oh, si así no fuérais!... La obra predilecta  
del insano mundo, fué vuestra perfidia;  
no hay tambor sin parche, ni mujer perfecta,  
ni bruto sin celos, ni actor sin envidia.  
Mas... goza tu ensueño, la tela de araña  
que con polvo de oro tu sexo ha tendido,  
acecha al mosquito que libre se baña  
en ráfagas de aire con agrio zumbido,  
zumbido, que es trova; de amores se queja;  
bello talabarte brilla en su cintura,  
y con tales galas, de la luz se aleja;  
no quiere la vida, quiere tu clausura.  
¡Canta, tú, sirena, arrúllale, canta,  
que el mosquito es hombre y el misterio quiere;

la feliz rutina le agobia y espanta;  
no adora la vida, sino cuando muere,  
y tú, que eres Parca, con cendal preciado  
y enconada peste de encajes vestida,  
tú, tan diestra en mimos, le has fanatizado!  
¡Dale, pues, la muerte, dándole la vida!  
¡Jura con los labios con que rezas, dile  
que más que este mundo, durará tu amor,  
y mientras lo digas, que el llanto destile...  
—Ofelia, jurándome, lloró en Elsingfor—  
y luego suicídase, que es muerte de gloria,  
y así lo declaran los odios ajenos.  
Los que mueren pronto, dejan bella historia...  
dejan bella historia, porque cansan menos.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

DIBUJO DE M. RAMOS



RESEÑA LITERARIA

De cuando subió á los altares el bienaventurado San Isidro



PAULO V

De muy antaño venía Madrid mostrando predilección religiosa por aquel Isidro, mozo ejemplar que hubo á su servicio Iván de Vargas el rico, y al decir de la gente sencilla y devota, muchos y grandes favores debíale la corte de las Españas, y si la opinión popular hubiere valido, ya más de dos siglos habría que en los altares de la Fe tuviera puesto de honor.

La emperatriz Isabel mandó levantarle aquella famosa capilla, alrededor de la cual acude aún hoy en día á divertirse la gente, y así la aristocracia como la plebe holgábase de tener uno de sus paisanos con lugar eterno en el cielo á la diestra de Dios Padre.

Mas acontecía que hubo un Pontífice, Urbano VIII, á quien esta devoción parecía intempestiva por no tener aún el beato mozo cedula de santidad y prohibió su culto público, pero no pudo evitar que el pueblo de Madrid siguiese teniendo la misma fe y reverencia para las preciadas reliquias del ardentísimo varón...

Con mucha cachaza dejaron los madrileños transcurrir el gobierno temporal de aquel vicario de Cristo, y así como el Señor fué servido de llamarle á su seno, nuevamente la clerecía hispana removió sus pretensiones para que el humilde labriego tuviese en el mismo templo de Dios un altar donde se le reverenciase.

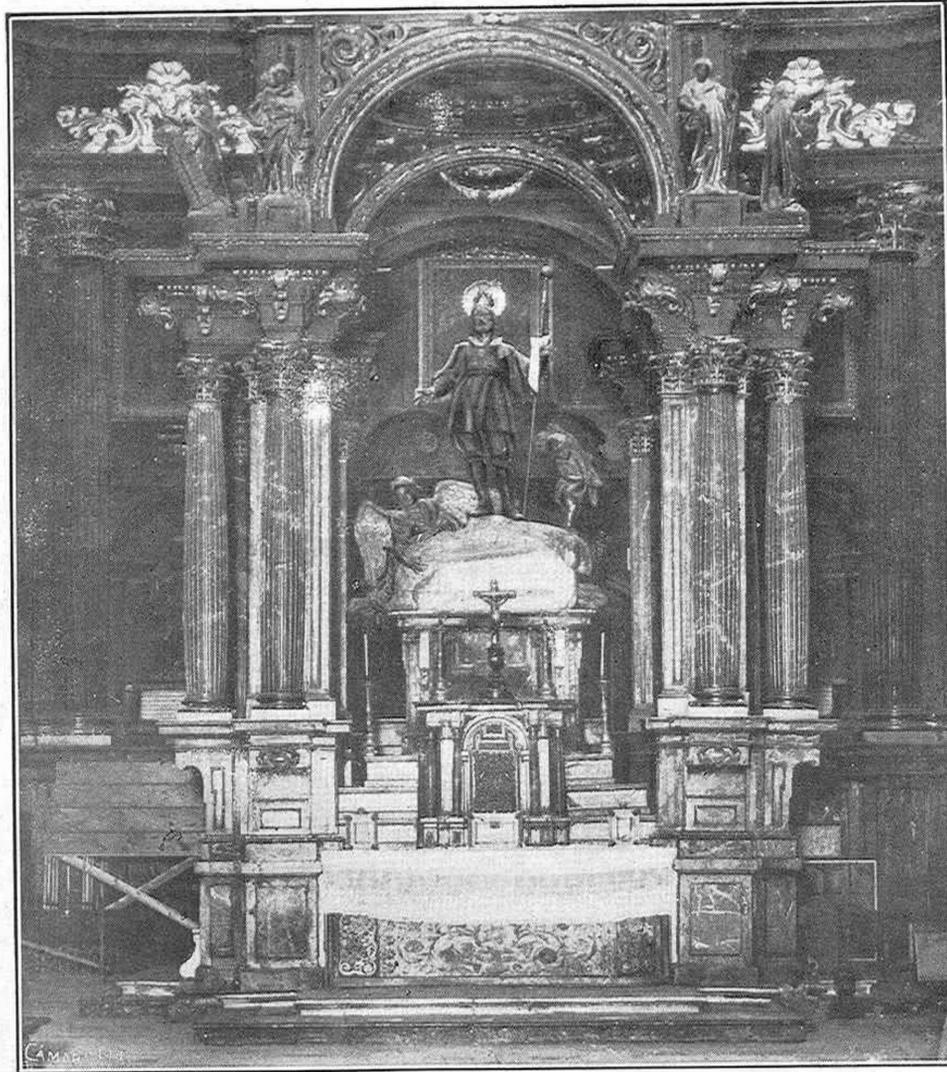
Y como diz que cada día obraba mayores prestigios, haciendo merced dellos al mismo Rey, á quien por algún tiempo arrancó de las garras de la muerte, decidióse Paulo V á decretar la beatificación que se le pedía.

Yo no sé si alguna nueva, por grande que fuere, triunfos de armas en tierra extranjera, noticia de famosas cosechas ó arribo á las costas de naves cargadas de plata y oro, háse recibido con el fausto y alegría que la ansiada bula, que elevaba al querido madrileño á la categoría de bienaventurado.

En la cortesana villa, por lo menos tengo para mí que ni la noticia que daba fe de la desastrosa rota del turco Solimán en aguas de Lepanto, fué con más júbilo recibida.

Mas no quiero hacer aquí nueva relación de aquellas famosas fiestas populares con que se celebró el religioso suceso, que éstas ya están suficiente y ampulosamente referidas por notables coronistas contemporáneos, pues extensos volúmenes se han consagrado á ello, como entonces era costumbre á toda bienandanza y toda desventura. La afición al oficio, mándame traer á cuenta no más de la parte que quedó encomendada al ingenio, y fué el más famoso certamen celebrado hasta allí. Dejáronse pasar dos días de la diversión popular y funciones de iglesia, y á 19 de Mayo entró la Poesía.

La iglesia parroquial de San Andrés (lugar donde reposaban los incorruptibles restos del



Capilla de San Isidro en la iglesia de San Andrés, de Madrid

justo) fué la estancia elegida para el homenaje de las musas. Los más famosos maestros en rimas (algunos de los cuales á pesar de su grande fama han llegado á nosotros bastante obscurcidos), tomaron parte en el torneo.

Actuó como fiscal el Fénix de los Ingenios españoles Frey Félix Lope de Vega Carpio.

Si hemos de creer á las crónicas y relaciones particulares en que se loa y menciona el acto,



Portada del libro en que se relatan las fiestas realizadas en Madrid en el año 1622 en honor de su patrón San Isidro



LOPE DE VEGA

era el templo una verdadera as-cua de oro, y nunca con más justo motivo se ha empleado esta frase, ahora en los tiempos cursis que corren.

Las más ricas tapicerías del Rey adornaban la nave.

El altar mayor y los cercanos á él lucían magníficos tocados de plata blanca escarchada, ofrecidos por los cinco gremios mayores. En el centro de la capilla mayor yacía el cuerpo del Santo, guardado en magnífica urna de plata de incalculable mérito, fabricada y cedida por el gremio de plateros. La silla y mesa desde donde Lope había de leer el certamen, estaba en frente de los jueces, con paño bordado y valioso recado de escribir repujado en plata.

Apenas acomodóse el tribunal, la música que había dispuesta dejose oír con notable

maestría y especial agrado de la concurrencia.

Así como cesaron los armónicos acordes alzóse de su asiento Frey Lope Félix y enmedio de un solemnísimos silencio, después de las obligadas cedulillas jocosas, rompió á leer con voz clara y sonora y en verso grave la oración inaugural, luego el cartel de la justa literaria y seguidamente por su orden las composiciones que fueron premiadas, el vejamen que en verdad no era sino panegírico de los poetas y últimamente el fallo del tribunal conforme al que fué repartiendo los premios.

Lope hizo su ofrenda poética á los nueve asuntos que se dieron, bajo el seudónimo del Maestro Burguillos, y como de algo habían de servirle sus privilegios con Apolo y el ser fiscal y secretario del certamen, premió una mediana glosa de su hijo Lope, poeta nuevo que aún no había cumplido los catorce años.

Con mucho entusiasmo fué recibido este juego de ingenio en honor del nuevo patrón de la Villa matritense, aunque justo será decir que más hizo por él el pueblo con su bula que los poetas con sus lucubraciones, pues pocas pasaban de una vulgar medianía.

He aquí los nombres de algunos de los poetas premiados:

Calderón, Jáuregui, Luis Belmonte, Guillén de Castro, Montalván, Tirso de Molina, Salas Barbadillo, Mira de Amecura, Antonio de Mendoza, Francia y Acosta Castillo de Solázano.

Con el reparto de premios acabó el homenaje que el Parnaso Español hizo al neófito prócer de la Corte del Altísimo.

Y miren cómo se agradecieron las donosuras del Maestro Burguillos (esta cédula es colofón del libro en que fueron asentadas las justas):

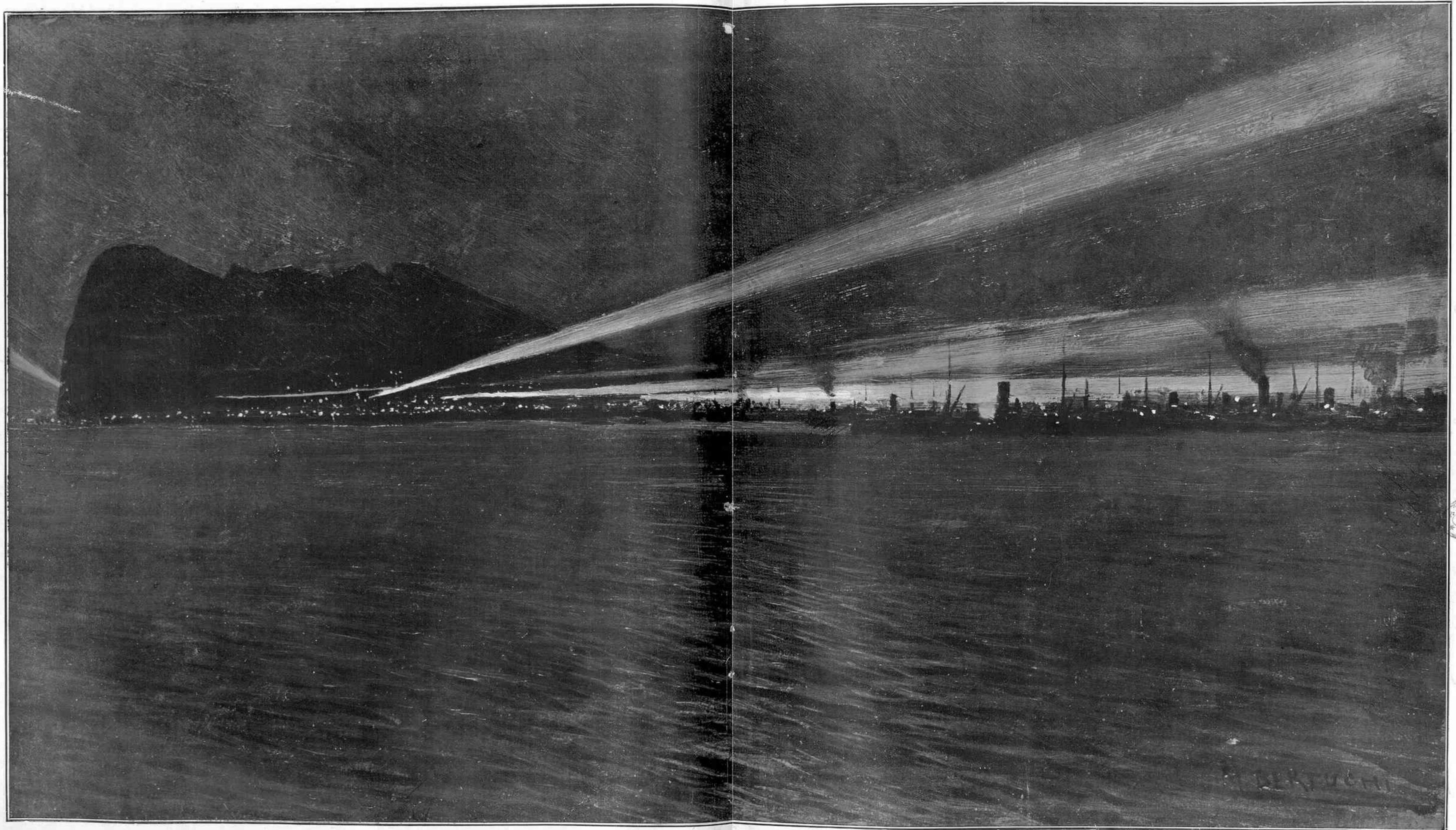
«Al Maestro Burguillos, una pensión de alabar á todo el mundo mientras viviere y una libranza de 500 escudos en el Río de la Plata á cinco meses vista después del día del juicio. Dios nos le dé á todos en esta vida y en la otra su gloria...»

DIEGO SAN JOSÉ

# LAS NOCHES TRÁGICAS EN LOS CAMPOS DE BATALLA



Ataque nocturno de una posición inglesa en las alturas del Aisne, y en la que al ser tomada por los alemanes, utilizaron éstos como parapeto improvisado los cadáveres de los "highlanders" caídos en el sangriento combate  
(Dibujo de Felipe Dadd, publicado en *The Sphere*, de Londres)



EL PEÑÓN Y EL PUERTO DE GIBRALTAR, POR LA NOCHE, DURANTE LA GUERRA

DIBUJO DE BERTUCHI

NEOD  
BIBLIOTECA  
MADRID

NUESTRAS VISITAS

## MANUEL LINARES RIVAS

El insigne dramaturgo no se había dado cuenta de nuestra presencia en su despacho y continuaba muy ensimismado en el diálogo de una nueva obra. Antes de escribir, redondeaba la oración en alta voz... Al fin alzó los ojos, y al vernos de pie ante la mesa tuvo un momento de confusión.

—¡Señores!... No me había dado cuenta— exclamó al mismo tiempo que afablemente nos tendía su mano.

Después tomó asiento en una silla al lado nuestro y con la mano derecha puesta en el oído, en disposición de recoger nuestra conversación, y con los ojos fijos en nuestros labios para no perder ningún movimiento de ellos, nos dijo con voz casi queda:

—Tengan la bondad de hablarme alto, porque tengo la desgracia de ser sordo...

Y esto lo dijo el insigne escritor con tal amargura, que nos transió de pena.

—¿Desde hace mucho tiempo?— inquirimos, alzando con potencia la voz.

—Oh, sí; nací con esta enfermedad; he tenido épocas de oír algo; pero muy poco.

—Y claro, esa torpeza del oído le amargará á usted la vida...

—Sí, claro; me crea mil sinsabores; no me hace desgraciado del todo porque he decidido no serlo, pero sí me contraría enormemente... Aunque algunas de las cosas que consigo oír más parecen elogio de la sordera que pésame por tal defecto...

Hizo un silencio; después, más triste y menos irónico, prosiguió en tono pesimista:

—Esto ha entorpecido mi vida, la ha cambiado por completo... Me ha hecho tirar por la ventana un bufete, una carrera y no sé cuántas cosas más.

—¿Es usted abogado?

—Sí, señor; ¿pero quién puede ejercer la carre-

ra de esta forma, mi amigo? Yo me obstiné en ello, y la triste realidad me ha convencido que para rodar lo primero que se necesitan son ruedas. Cuando voy al teatro, son dos comedias las que veo: una la que es y otra la que yo voy construyendo ó forjándome con los personajes y las escenas que voy viendo... Salvo en algunas ocasiones, que los autores tienen conmigo la preferencia de darme un ejemplar para seguir el curso de la obra.

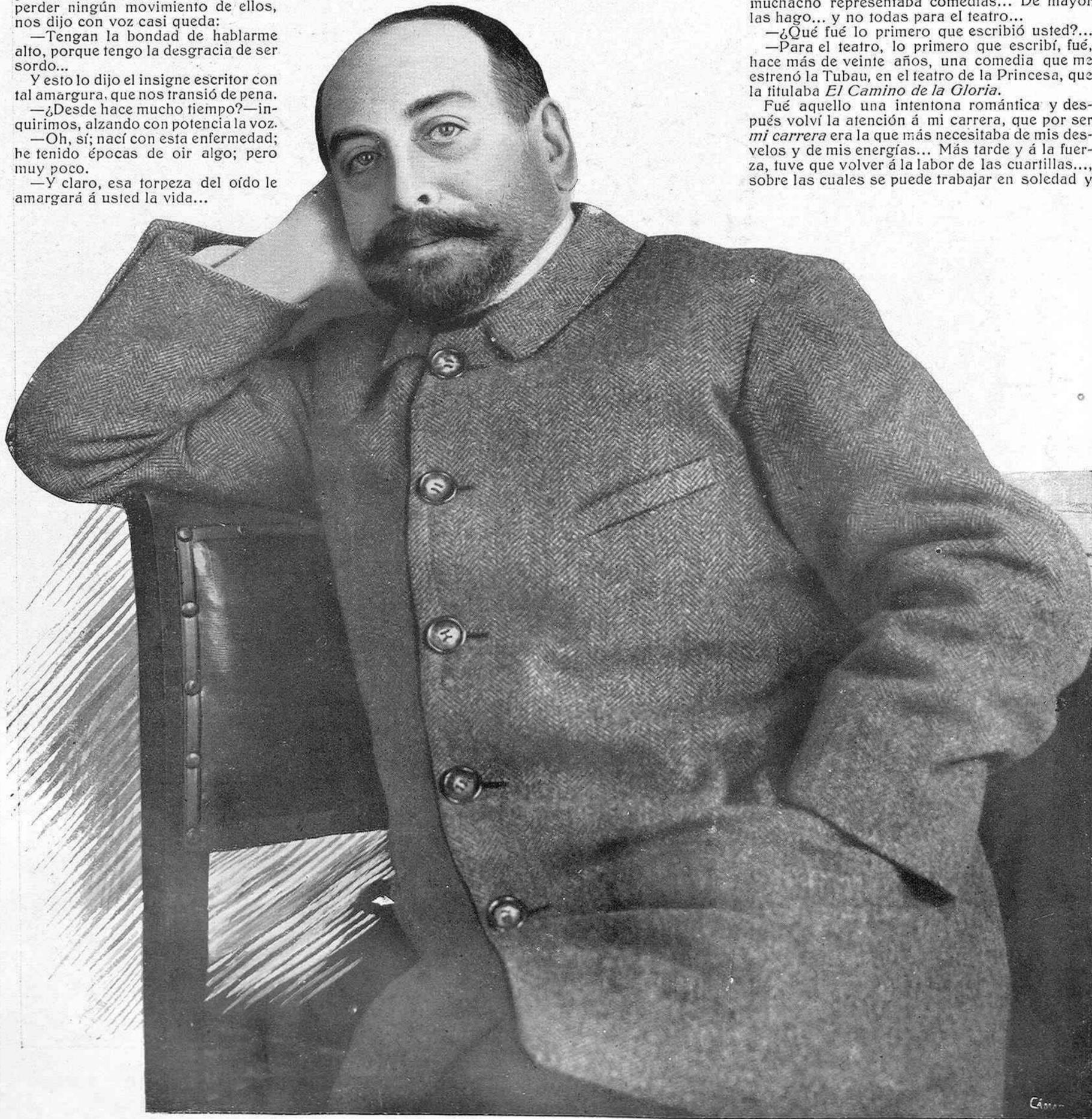
—¿Cómo nacieron en usted las aficiones literarias?...

—No son precisamente literarias, son teatrales... No recuerdo. Toda la vida tuve afición. De muchacho representaba comedias... De mayor las hago... y no todas para el teatro...

—¿Qué fué lo primero que escribió usted?...

—Para el teatro, lo primero que escribí, fué, hace más de veinte años, una comedia que me estrenó la Tubau, en el teatro de la Princesa, que la titulaba *El Camino de la Gloria*.

Fué aquello una intentona romántica y después volví la atención á mi carrera, que por ser *mi carrera* era la que más necesitaba de mis desvelos y de mis energías... Más tarde y á la fuerza, tuve que volver á la labor de las cuartillas..., sobre las cuales se puede trabajar en soledad y



Cam...

en silencio y á ratos sirven también para enjugar nuestra amargura. Había tenido un fracaso en la política y otro en la abogacía por mi falta de oído y no quise seguir por tales derroteros.

—Lo que no comprendo, D. Manuel—alegamos nosotros—, es, cómo sin haber vivido la vida tan intensamente como el que la siente y la oye bien, sin que se le escape á usted una palpación de ella, puede usted escribir obras tan llenas de realidad como son las suyas. Esos diálogos tan admirables que no hay quien los haga igual.

—Eso dicen muchos... Yo, para descargo de mis aptitudes, lo único que puedo alegar es que *me parece* que así es la vida... Desde muy joven he tenido mucha libertad y bastante dinero; de esta forma he alternado con toda clase de gentes y he sido de todo. Sí, sí; yo he toreado en corridas cuyas revistas fueron hechas por *Sentimientos* y *Sobaquillo*... No creo que haya muchos ejemplos de individuos que hayan sido juez de Madrid y torero al mismo tiempo.

—¿Y cómo eso?...

—Pues nada, que cuando toreaba era juez... Esto no tiene nada de particular; pues ni con el

humana y más hermosa del teatro contemporáneo, ¿hacía mucho tiempo que la tenía usted escrita?

—Sí, señor... Pero no me atrevía á darla.

—¿Qué se propuso usted al escribir esta obra?...

—Llamar la atención de la Iglesia y del Estado sobre los infinitos casos en que resulta cruel su abandono y su indiferencia... No pretendí teorizar, ni mucho menos dogmatizar, sino sencillamente exponer. Y me considero muy dichoso con haberlo conseguido; sé que mi labor no es más que un grano de arena...; pero es y me basta para estar bien pagado.

—Y díganos, D. Manuel—preguntamos ya interesados—. ¿Es cierto, según se ha dicho, que en *La Garra* pensaba usted resolver el problema de otra forma y que por cierto temor al abono de la Princesa?...

—No...; esas son fantasías. *La Garra* nunca tuvo más forma que la actual. Si los marqueses de Montrove se decidieran á libertarse de los consejos de los que les rodean, la *garra* dejaría de ser *garra*. Además, si el conflicto lo resolviera yo, en cualquier sentido que fuere, sería parcial,

—¿Y cómo siendo usted conservador de abo- lengo escribe usted obras tan francamente liberales como *La Garra*?

—¡Ah! ¡Caramba!... ¿Y es que en las demás obras mías no advertían ustedes lo mismo que han dado en llamar paradoja con mis principios políticos y que yo lo creo de una perfecta armonía?...

—¿Cuántas obras teatrales tiene usted escritas?

—Unas cuarenta.

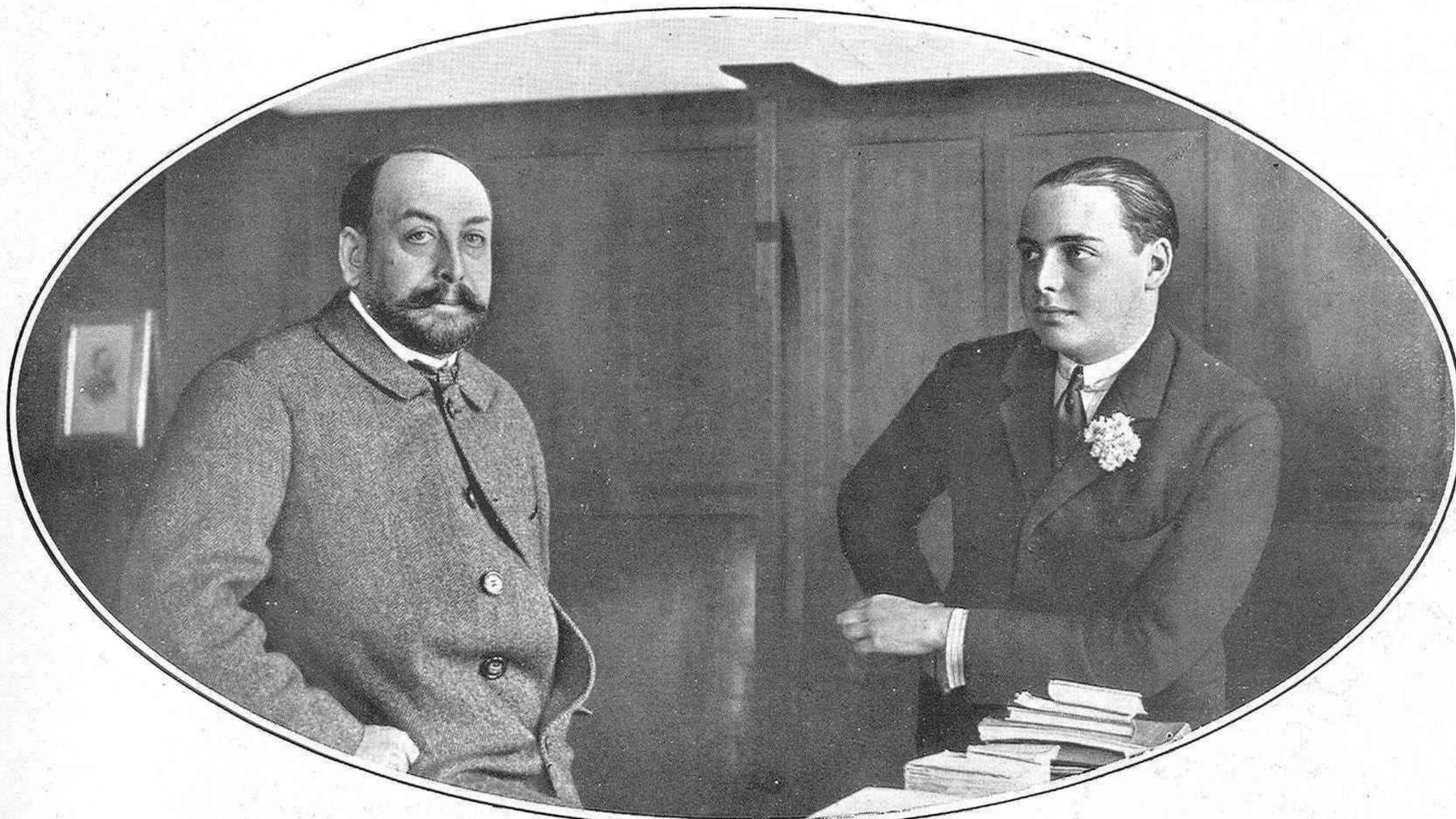
—¿Y cuál de ellas es la que más le gusta?...

Para pensar mejor la respuesta, repitió lentamente nuestra pregunta. Y replicó:

—Mire usted. Estoy satisfecho de todas mis obras, aunque de todas tengo la seguridad de que podrían mejorar muchísimo; pero no es razón que haya premios mayores, para no estar contento con los pequeños... y con las participaciones... Véase *La Viuda Alegre*, de Lehar, de otros y mía.

—¿Cuál es el éxito mayor que ha tenido usted?... ¿*La Garra*?

—Quizá. En ninguna me alabaron tanto ni me insultaron tanto, y ninguna sirve tanto á mi fa-



Linares Rivas, en su gabinete de trabajo, acompañado de su hijo

FOTS. CAMPÚA

traje corto de torero despachaba el juzgado ni con la toga y el birrete iba á la plaza á *despachar* á los toros, que era lo que hubiese tenido algo de particular...

Encendimos un cigarro. Llegó el hijo mayor de Linares. Un muchachito de diez y siete años, tan correcto en la expresión como en el vestir.

—¿Cuántos años tiene usted, D. Manuel?

Linares, después de hacer un gesto muy cómico de terror, repuso:

—Tengo cuarenta y ocho. *Puede usted decir que bien llevados*... Me servirá para provincias el reclamo...

Reímos, y después...

—¿Es usted gallego?...

—Sí, señor; no crean ustedes que lo digo por darme tono...

—¿Nacido en?...

—Campanela... No se lo digan á nadie.

—¡Hombre!, en el lugar donde se desarrolla *La Garra*...

—Sí, en efecto. Escogí ese ambiente para mi obra como podía haber escogido Toledo, León ú otra población religiosa y austera; porque claro, en San Sebastián ó en Barcelona ó en la Puerta del Sol, no hubiese podido ocurrir lo que allí ocurre.

—A propósito, ya que hablamos de *La Garra*, que dicho sea de paso, es la obra teatral más

y no he querido serlo. Mi labor no ha sido más que de exposición. La de un caminante por la senda de la Vida que se detiene y grita: «¡Eh, Iglesia, Estado! Fijaos en esto y ya es hora de que lo evitéis! Como este caso hay muchos.»

—¿Por qué retiró usted *La Garra* de la Princesa?...

—La retiré por figurarme que perjudicaba los intereses de sus propietarios los excelentísimos señores marqueses de Fontanar y de Balazote.

—Pues qué, ¿la obra no estaba dando dinero?

—Sí, señor... Pero era un dinero que no se cogía con gusto... ¡No satisfacía!...

—Se dijo después que iba á estrenarse en el Español. ¿Es cierto?...

—Que se iba á estrenar no sé... Que en cuanto la retiré de la Princesa, me la pidieron con gran urgencia para ponerla en seguida en el Español, sí... es cierto... La obra fué acogida efusivamente por los empresarios; después, por razones que conoce indudablemente el Sr. Oliver, pasó mes y medio y no se estrenó. Yo ignoro hasta ahora los motivos: ni al Sr. Oliver le corrió prisa el notificármelos... ni á mí el preguntárselos. Confío, sin embargo, en que algún día los sabré.

—Y entonces, ¿la dió usted á Eslava?...

—Sí; en vista de que el Español me hacía el flaco servicio de tenérmela allí olvidada, la dí á Eslava y estoy satisfechísimo.

milia para echarme piropos cuando están á buenas, ni para sacar el ejemplo de mi torpeza cuando están á malas. Pero estoy satisfecho... Sí.

—¿Le produce á usted mucho el teatro?

—Infinítamente más de lo que nunca pude ambicionar por ese camino.

—¿Escribe usted con facilidad?

—Sí, señor; con demasiada facilidad; y eso perjudica mucho al interés de las obras, pues van poco meditadas... Verdad que las que medito salen después escandalizadas... y escandalizando. Ahora preparo *Los Olvidados*, dos actos, para Lara, y *Fantasmas*, tres actos, para Eslava.

—Una pregunta difícil: ¿Cuál literato español contemporáneo le gusta á usted más?

—¡Caracoles!... —clamó— ¿Sí?; pues á una pregunta difícil, una contestación fácil: Todos los literatos españoles me gustan mucho, sobre todo cuando les entiendo...

—Y de actores, ¿cuál le gusta más?

—Todos los actores me parecen bien; aunque no todos es en el teatro donde me parecen bien... Detúvose un momento; después continuó:

—Respecto á las actrices, todas las actrices me gustan, y... muchas que no son actrices, digan lo que quieran los carteles...

EL CABALLERO AUDAZ

## AQUELLA MUJER...

AQUELLA mujer daba siempre la impresión de ir desnuda, aunque en realidad no mostraba descubiertos sino el rostro, el cuello y los brazos. Al mismo tiempo aquella mujer podía simbolizar la virginidad.

Conocimos á la maravillosa criatura una tarde de otoño, y en París. Un diplomático granadino que tenía su puesto al lado de nuestro embajador, pero que semejava á los antiguos enviados moros, me presentó á Mary, de la cual hallábase enamorado el andaluz.

Mary tenía veinte años y era sonrosada y lustrosa como el hielo al reflejar las luces del alba. Verdes las pupilas, los cabellos dorados y los labios y la dentadura tan frescos que evocaban los rosales acabados de regar. Perpetuaba el equilibrio de la estatuaria humana y armónica; quiere decirse que su cuerpo estaba proporcionado á la manera y según el gusto clásico. Las manos y los pies se alongaban y hacían comprender el absurdo de las deliciosas miniaturas españolas y japonesas. Casi no hablaba y no acompañaban los ojos impasibles las sonrisas de la boca en flor. Permanecía en reposo, y ordenábasele la frente suave, la nariz con su helénica rectitud, la barba como una medalla de plata. Inspiraba el anhelo de verla caminar con su paso que se adivinaba lento y seguro en su fluidez.

Las vidrieras se empañaron con la humedad de las irisadas neblinas del río; nos encontrábamos en el *hall* de un hotel, ya ensombrecido, hasta que un criado encendió las lámparas. Diversas tertulias que se envolvían en el humo del tabaco. Tibieza en el aire, reflejos de cristal, la blandura de la alfombra y la fragilidad del mobiliario demasiado moderno. Llegaba el eco de las bocinas de los automóviles y el murmullo de un ascensor.

Mary llevaba una túnica blanca que se ceñía en la cintura, y arrolló á su busto una seda escarlata, y el manto caía en pliegues sobre las rodillas. Una pierna mostrábase con su estirada media y con su zapato, nítidos y simples como la túnica. En el ambiente fatigado y obscurecido, la carne marmórea, el casco de oro, las dos esmeraldas y la pompa de la tela imperial, irradiaban unos crudos resplandores. Era como si mirásemos las montañas nevadas y el cielo azul.

Al lado de Mary se ennegrecía aún más el granadino con su cara verdosa y las retintas crenchas con pomada. Se afeminaba un poco con su camafeo en la corbata y sus botinas de caña gris. El árabe intentaba embriagar á Mary, y la acosó y buscaba el modo de ahogarla en sus imaginativos sensualismos.

—¿No agrada á usted, Mary, una vida de sol?

—¿Qué es una vida de sol?

—Nos iríamos á Granada...

Se detuvo involuntariamente el apasionado. Con una augusta serenidad, Mary acababa de sacar un brazo desnudo, y su belleza mataba las voluntades. Brilló con una tal claridad, que parecía que Mary rasgaba su vestidura



y enseñábanos su entera belleza. La mirada del andaluz, verde también, se enfoscó y la salpicaron unas efímeras fosforescencias. Las pupilas de Mary poseían el candor inexpresivo y que encanta de dos minúsculas hojas primaverales.

—Nos iríamos á Granada—continuó mi amigo—, y allí...

Apareció en el *hall* el padre de Mary. Fué presentado al ilustre marino norteamericano, al gran explorador. El almirante ya frisaba en los cincuenta años y algunas manchas argenteadas destacaban en su peluca rojiza. Alto, huesudo, firme, con azafrañadas vellosidades en las garras. La misma inocencia de su hija en la mirada; pero entre unas cejas ásperas y un tremendo mostacho. Chocaba la inverosímil brevedad de sus pies. He sabido luego que se le helaron durante una de sus expediciones y hubo que cortar los dedos. Acarició la cabellera de Mary y quiso sonreírnos á nosotros. Parlaba con brusquedad y cortesía á un tiempo, como los diálogos por teléfono. Hombre enrojecido, acordobanado, ávido y casi mudo, gracias á las llanuras de hielo y al mar.

Nuestro compatriota dijo al honorable yanqui:

—La princesita Mary desdeña un viaje á Granada.

—¿Qué es una vida de sol?—tornó á interrogar la muchacha.

—¡Bah!—añadió á su vez el almirante—. Mary no desea más que volver á su país.

—¿Tan pronto? ¿No vienen ustedes de los Estados Unidos?

—Sí.

—Entonces...

De improviso se animó la doncella, y con un no sospechado acento grave y sonoro, que se imponía como la visión del brazo, exclamó:

—Yo he nacido en Groenlandia.

El almirante afirmó con unas pocas palabras:

—Fué en mi primer intento de alcanzar el Polo; me acompañaba mi mujer y nos llegó la pequeña Mary, en medio de los osos y los esquimales... ¿Eh? ¡Mary es única en el mundo!

Verdad. Se acrecentó la figura de Mary al investirla el privilegio de la peregrina y absoluta excepción. Una americana había de ser quien batiese el *record* de los nacimientos fantásticos. Desvanecida la sorpresa, ya nos explicamos el misterio adorable de su desnuda virginidad. Mujer sin máscara y no mancillada, como los inmensos bloques de los témpanos.

Las refulgencias supraterras de aquellas regiones espejantes, su ensimismada soledad, como una meditación en las cercanías del mayor secreto que le quedaba al globo, el espectáculo de infinitud, encarnaron en Mary. Y era blanca Mary como todo es blanco allá, desde las liebres á los osos y desde las estepas al firmamento. Cuentan que por la primavera surgen unos verdores en el yermo helado. Así las pupilas de la groenlandesa que ignoraba lo que significa esta frase: ¡Una vida de sol!...

Atrevíme á insinuar una pregunta:

—¿Recuerda usted cosas de su infancia?

—Me llevaron muy chiquita á los Estados Unidos.

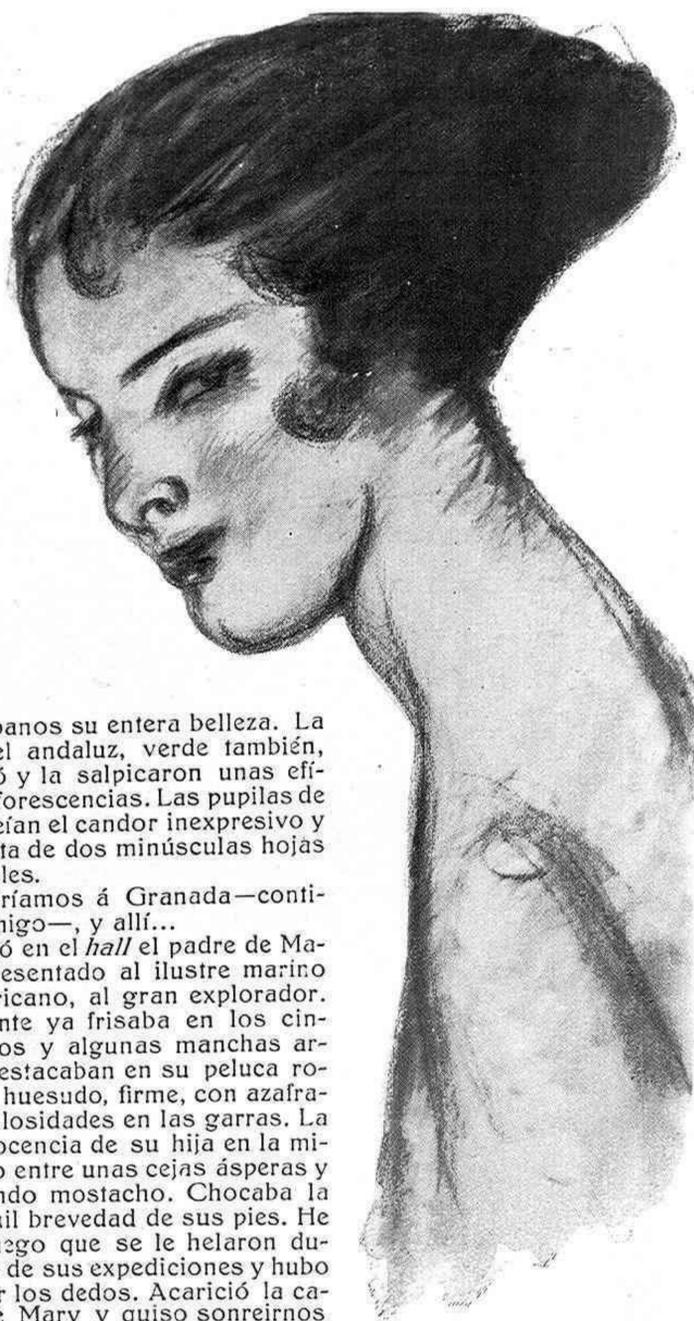
Intervino el diplomático:

—¿Querías saber si juegan al corro y cantan el *Mambrú* los niños esquimales?

¿Por qué me irritó el donaire de mi camarada y por qué se rió mi camarada con una notoria agresividad? Acaso el árabe soñaba como nunca en conducir á Mary donde florecen los rosales del Generalife, y tal vez yo principiaba á soñar en seguir á Mary hasta la choza suya en Groenlandia; más aún, al mismo Polo, que es decir al fin del mundo.

DIBUJOS DE MARÍN

FEDERICO GARCIA SANCHIZ



**¡RA-TA-PLÁN!...**

(POEMA VULGAR)

Lo que voy á contaros no es un cuento;  
es la historia de Amor y sentimiento  
de una moza sencilla,  
dulce y apasionada...

Una historia que oí, en una posada,  
por tierras de Castilla.

ooo  
Era uno de esos días venturosos  
en que el Sol, con alardes prodigiosos  
de luz, por el espacio se recrea...

Era un hermoso día,  
un domingo con sol que, en una aldea,  
quiere decir... ¡holganza y alegría!

Las mozas y los mozos retozaban,  
reían y bailaban,  
como siempre, «á lo suelto»... Era pecado  
—según decía el cura— «á lo agarrado».

En esto, por la Sierra,  
apareció de pronto un regimiento  
que, para el militar entrenamiento,  
se ensayaba en las artes de la Guerra.

Se interrumpió un momento  
la diversión. Saltando de contento  
Juana, moza sin novio, así decía:

—¡Soldados en el pueblo!... ¿A qué vendrán?  
Y el tambor, parecía  
contestar con marcial galantería:  
—¡Ra-ta-plán!... ¡Ra-ta-plán!

ooo  
No hay para qué decir que los soldados,  
aquí y allá alojados  
durante las maniobras militares,  
por aquellos lugares  
fueron, más que tenidos, festejados.

Y ya en pie de batalla el regimiento,  
por honor de su nombre y sus banderas,  
se lanzó á conquistar con ardimiento  
corazones de mozas y trincheras.

Un tambor de la banda, un guapo mozo,  
miró á Juana y la dijo cuatro flores  
que ella supo escuchar con mil rubores,  
pero llena de gozo,  
cosa muy natural viendo á su lado  
al Amor, con un traje de soldado.

¡Qué satisfecha Juana  
presumía de novio tan ufana!

Del pecho, el corazón se le salía  
con incesante afán,  
cada vez que se oía  
redoblar el tambor, que repetía:  
—¡Ra-ta-plán!... ¡Ra-ta-plán!

ooo  
Amor... nunca parece demasiado;  
mas, tan lejos llegó el amor de Juana  
por su galán soldado,  
que—devota cristiana—  
tuvo que ir á la iglesia una mañana  
já confesar al cura un gran pecado!

Justamente, en la tarde de aquel día,  
la aldea abandonaba el regimiento;  
ninguna de las mozas lo creía...

¡Era una crueldad que deshacía  
cien castillos de amor en un momento!

Y aquella inesperada desventura,  
causó tal emoción en la aldeana,  
fué tanto su dolor, tal la amargura  
de aquel sueño feliz desvanecido...  
¡que perdió la razón la pobre Juana!

Llorando, al mismo tiempo que reía,  
con voz que era un quejido  
—¡Adiós!... ¡Adiós!...—decía—.

¡Los soldados se van, madre, se van!

Y mientras, parecía  
que también el tambor se despedía:  
—¡Ra-ta-plán!... ¡Ra-ta-plán!

ooo  
Después... como si aquel amor risueño  
no se hubiera extinguido fatalmente  
cuando apenas nació, con gran empeño,  
en vez de huir detrás de aquel soldado,  
en el alma sin luz de la demente  
buscó un asilo y se quedó encerrado.

Y así, la pobre loca, sonriente,  
acariciando un solo pensamiento,  
sin saber que anhelaba un desatino  
salía por las tardes al camino  
por donde vió marchar al regimiento.

Por allí imaginó que volvería  
mas, como ella miraba y no veía  
llegar á los soldados, preguntaba:  
—¿Dónde están, madre mía, dónde están?...

Y el eco de la Sierra que escuchaba,  
por darle algún consuelo, contestaba:  
—¡Ra-ta-plán!... ¡Ra-ta-plán!...

ENRIQUE LÓPEZ-MARÍN

YZQUIERDO  
DURAN

DE LA HISTORIA DE VALENCIA  
**EL SALÓN DE ACTOS DE LA DIPUTACIÓN DEL REINO**

**L**a entrada del Renacimiento italiano en España se realizó principalmente por las costas levantinas. Los Papas valencianos Calixto III y Alejandro VI habían llegado al solio pontificio en los tiempos de más esplendor mundano de la Iglesia, cuando los artistas más geniales encontraban abiertas sus arcas, siempre repletas de riquezas, para dar realización á las más peregrinas concepciones de Belleza.

La más suntuosa construcción de esta época, obra de artistas regnícolas, es la elevada torre cuadrangular que á la derecha del antiquísimo palacio de la Diputación General del Reino, se destaca majestuosa y robusta como desafiadora del inmenso poder y riqueza de aquella corporación que obraba autónomamente, con absoluta independencia del Rey y sus ministros. Aseméjase esta torre á un atlético gigante que aprisiona entre sus brazos, ansioso de que perdure, el amplio salón de actos, ejemplar tal vez único en su clase, tanto por su meritísimo y rico artesanado como por las interesantes pinturas que cubren las paredes.

Su conjunto, de una serena grandeza, causa arrobamiento de prodigio. Son las tallas del techo, geométricas en su distribución é infinitas en los



Fragmento del cuadro "El Estamento religioso", pintado por Vicente Requena

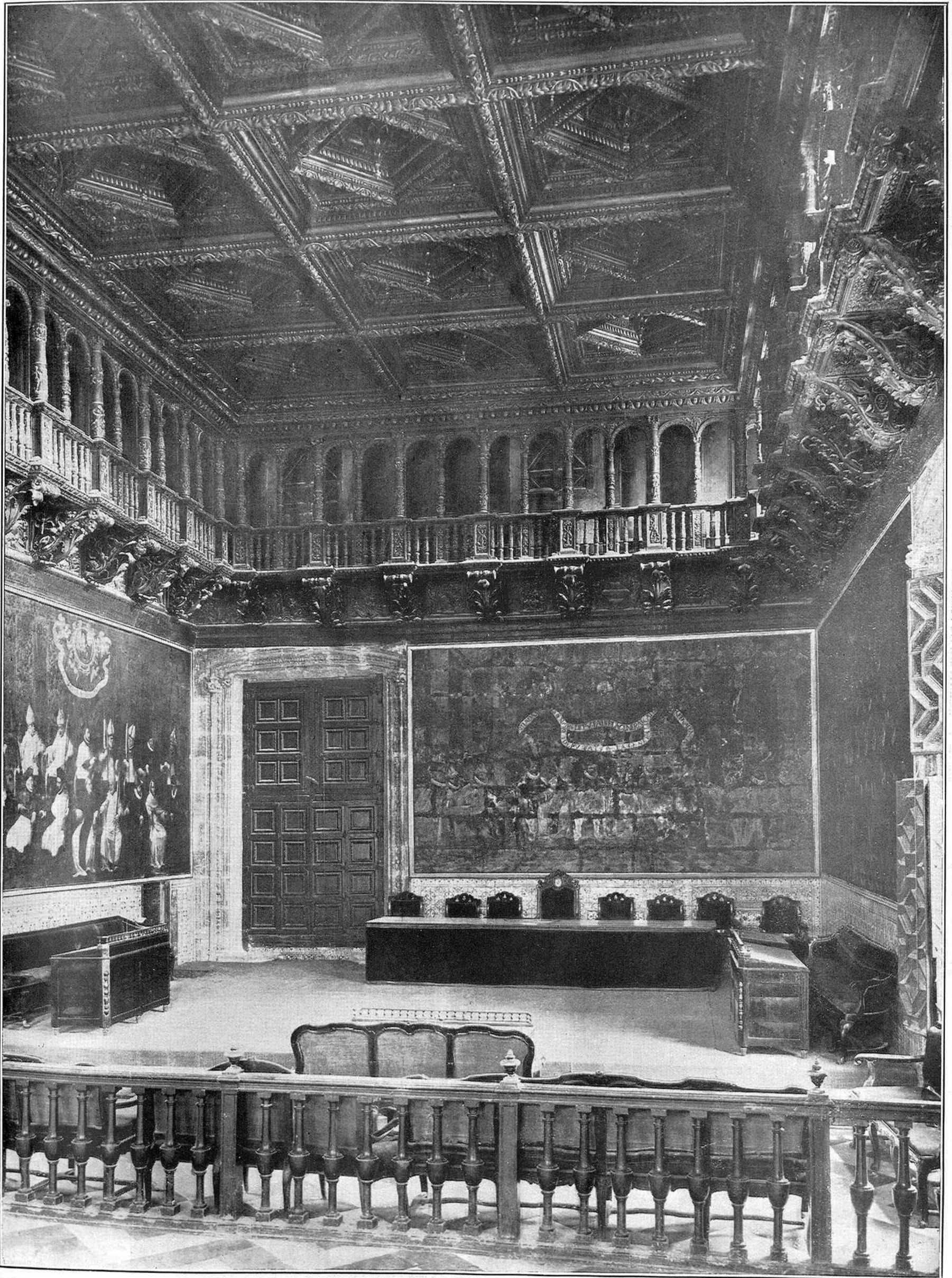
adornos de sus estalactíticos rosetones, obra primorosa del maestro Ginés Linares que habiéndolo comenzado en 1540, solo empleó en su construcción dos años, comenzando inmediatamente la complicada y rica labor de las galerías. Sorprendióle la muerte en 1543 siguiendo tan entretenida empresa su hijo Pedro Martín, que tampoco pudo ver el efecto total de aquella suntuosa obra, en la que se cumple á maravilla los principios elementales de la estética: unidad, variedad y armonía. Todos los elementos decorativos del arte plateresco con sus grifos y quimeras con hojarascas y flores, en sus variadas formas, vense allí combinados y prodigados aun en los lugares en que la luz natural apenas pueda bañarlos.

Muerto Pedro Martín Linares, siguióle Gaspar Gregori, á quien cupo la fortuna de ofrecer á los diputados, en 1566, las obras terminadas. Desaparecidos los andamios, y ya al descubierto el conjunto del espléndido tallado, contrastaban sus primores con los fríos enlucidos de las paredes; había que decorar aquellos extensos lienzos y siguióse para ello el ejemplo que imperaba en Italia, y se pintó los retratos de los diputados forales.

Manuel GONZÁLEZ MARTÍ

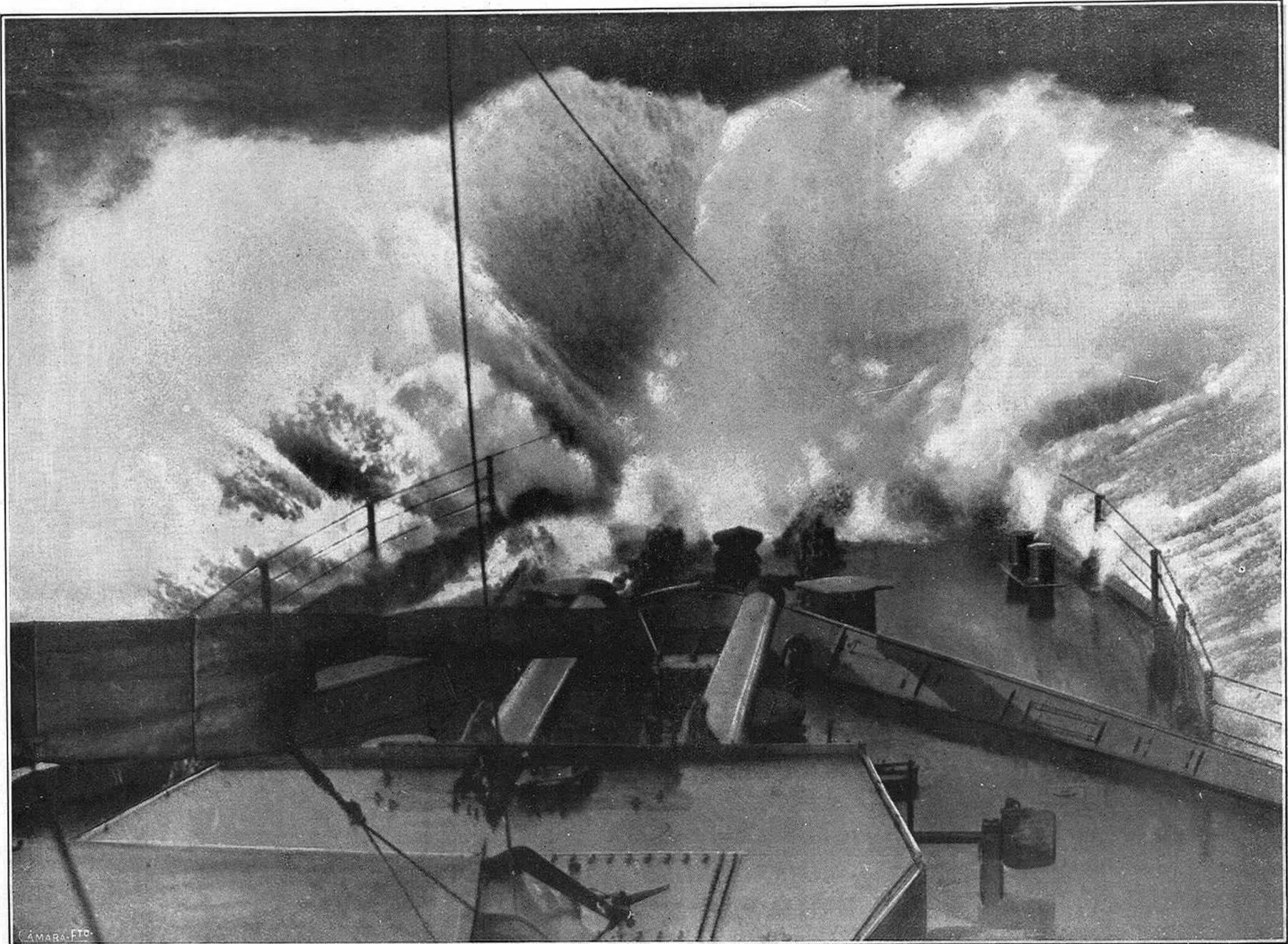


Fragmentos de los techos de las galerías



Aspecto del gran salón de actos de la Diputación General del Reino de Valencia

# LA GUERRA EN EL MAR



La bella leyenda nórdica de *El buque fantasma*, condenado por la Divina justicia á vagar sin puerto en la inmensidad de los Océanos, deslizándose eternamente sobre las olas embravecidas que barren su cubierta y arrancan del crujiente casco como pedazos de su carne, afrontando uno y otro día, sin tregua ni sosiego, el furor de los huracanes y la dolorosa flagelación de la lluvia cuajada de cristales de hielo entre el fragor del trueno y la cegadora luz del relámpago, mientras surge del abismo la perenne voz del Destino que ordena seguir, seguir siempre cara á la adversidad; esa trágica leyenda inspiradora de Ricardo Wagner en una



Un acorazado inglés durante un temporal en el mar del Norte

FOT. UNDERWOOD

de sus obras más geniales, tiene ahora realidades amargas impuestas á la humanidad por el gran crimen colectivo de la guerra. Ved si no esos gigantes acorazados británicos que en interminable cruceo surcan desde Agosto el proceloso mar del Norte, avizorando sin descanso las aguas desiertas y espumantes, corriendo interminables temporales en persecución de un enemigo invisible. Pensad en la suma de valor, de estoicismo y de abnegación que supone esa lucha de diez meses, sobrellevada con admirable tenacidad por los marinos ingleses, por silenciosa é ignorada, no inferior en méritos á la que otros hombres sostienen en las trincheras.

# CRONICAS INQUIETAS

El Sr. Espinós, un elocuente orador y propagandista de las derechas, ha dado en el Centro de la Unión de Damas, *née* cinematógrafo del Príncipe Alfonso, una interesantísima conferencia de, en, con, por, sí, sobre el divorcio, y entre otras cosas, que revelaran una vez más el buen gusto y la erudición del distinguido conferenciante, les contó el cuentecito del hombre que deseaba cambiar de zapato. Y como las gentes se extrañaran de que no quisiera conservarlo siendo muy lindo, muy bien confeccionado y flamante de nuevo, el hombre aquel les replicaba:

—Efectivamente es muy lindo y está muy bien hecho... ¡Pero ustedes no saben en dónde me aprieta á mí el zapato!...

Y las damas, de la Unión de Damas, aplaudieron entusiásticamente.

Lo cual demuestra que ellas saben en dónde suele apretar los zapatitos.

Y como no es cosa de que cambien de pie, les deseo que cambien pronto de zapato.

ooo

Otro cuentecito, que no tiene nada que ver con el divorcio, y que lo refiero únicamente porque parece desairado, cuando han contado un cuento, el no contar otro...

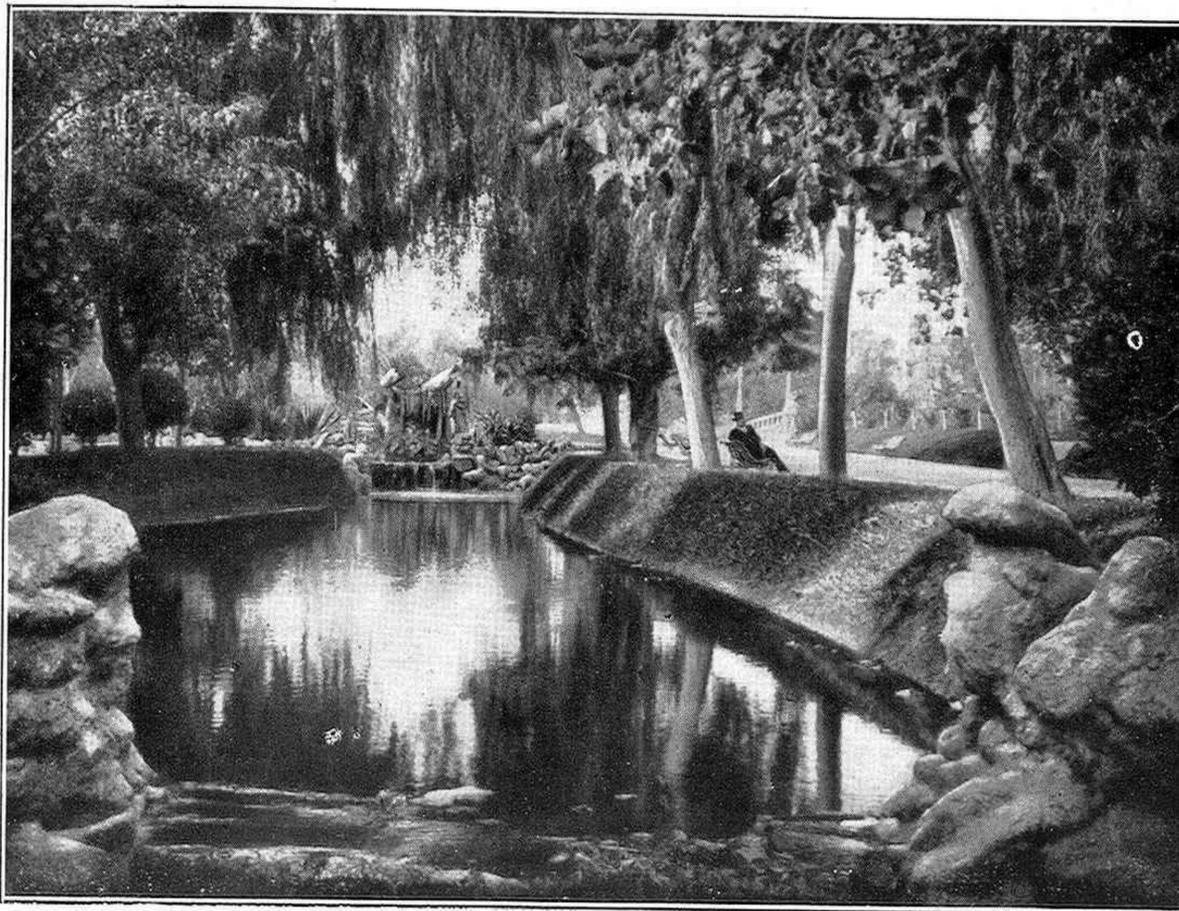
Una hermosísima señora, de escultural belleza y de encantos muy sugestivos, era célebre por su cutis nítido y transparente.

El diablo, en forma de primavera, que la sangre altera, según reconocen todos los tratadistas, fué á manchar aquel adorable cutis con un granito que le salió á la bella en un brazo, entre el codo y la muñeca del brazo izquierdo, dicho sea en mi afán de precisión y de exactitud.

Llamaron al doctor, y la ciencia, después de un escrupuloso reconocimiento, declaró que aquello no tenía importancia ninguna, debiendo desaparecer completamente en un par de días, sin más tratamiento que el de refrescarlo con unos polvitos de arroz.

Lo que sí aconsejó, como medida de precaución, es que tuviera un poco de cuidado al vestirse para evitar que la manga rozara con el grano.

Y la hermosísima señora le contestó inmediatamente:



## EL RUISEÑOR Y LA HORMIGA

*De muy niño, en un alcor  
me dormí plácidamente,  
y aquel día un ruiseñor  
y una hormiga diligente,  
besándola con amor,  
se posaron en mi frente.*

*—Cifra en cantar tu esperanza,  
me ordena el ave canora.  
—Quién sólo á cantar se lanza  
—dice aquélla—, y no labora  
guardando, bien se me alcanza  
que muera en lucha traidora.*

*—Quien se arrastra por el suelo  
no admira espacios mejores  
ni puede elevar el vuelo  
ensalzando los primores  
de las bellezas del cielo.  
—No lo prevén los cantores.*

*—No prosigas, timorata,  
porque no hay mayor fortuna  
que dar una serenata  
cuando en plácida laguna*

*teje, con hilos de plata,  
su manto la virgen Luna.*

*—El ruiseñor se equivoca:  
quien sólo canta, se olvida  
de que, en esta vida loca,  
la canción mejor plañida  
es cual espuma que toca  
la playa y muere en seguida—.*

*Quiso el pájaro ser dueño  
de mi frente blanca y pura,  
y la hormiga, en vano empeño,  
se resistió á su bravura,  
que halló, durante mi sueño,  
en ella su sepultura.*

*Entré del mundo en la intriga  
cantando trovas de amor,  
y aunque jamás yo maldiga  
del triunfo del ruiseñor,  
de haber vencido la hormiga,  
saliera yo el vencedor.*

FRANCISCO DE IRACHETA

—Por eso no hay cuidado, querido doctor... Yo tengo la manga muy ancha.

ooo

El señor ministro de Instrucción pública ha clausurado el Congreso de Doctores.

Puesto ya en tan excelente camino, es lástima que no haya clausurado también algún doctor...

ooo

Se han constituido todas las Diputaciones provinciales de España y en todas pronunciáronse discursos, abogando calurosamente por la regeneración administrativa, la moralidad política y el honesto encauzamiento de los servicios provinciales.

La idea y el propósito no pueden ser mejores. Y el que lo aplaudan los diputados nuevos, me parece de perlas.

tos son tan sencillos y tan modestos, las encuentro mejor á medida que se ponen menos ropa— ó se quitan más ropa—...; pero ellas prefieren acumular trapos y trapos... y algunas, á pesar de tanto trapo, salen á escena como un trapo nada más...

Luego, una comedia mala nos la echan en cara toda la vida... ¡y así tiene uno tantas comedias por la cara!...; y de un buey nadie se acuerda ya pasada la corrida, salvo en los casos, ó en las casas, en que la antítesis del toro sea atributo familiar.

En resumen, que opino como usted, mi gran *Don Modesto*... ¡Antes ganadero que dramaturgo! Y créame que si soy autor dramático es con la esperanza de llegar algún día á ganadero.

Y usted que lo vea...

MANUEL LINARES RIVAS

Ahora, el que lo aplaudan como novedad los diputados antiguos, me parece un exceso de modestia.

Por lo menos, de modestia...

ooo

El gran *Don Modesto*, emperador-rey de los crónicas taurinos, con trono en *El Liberal* y admiradores en toda urbe civilizada—civilizada quiere decir con plaza de toros, ó mejor todavía, con Plaza...—ha expuesto en una de sus revistas la horrible duda de si será más práctico dedicarse á ganadero ó á dramaturgo. Me doy por aludido en ambas profesiones, aunque mi condición de ganadero sea menos pública que la de autor de comedias, pero ganadero soy, si no por tener ganado, por tratar con ganado tantas veces...

Y digo, resolviendo la cuestión según mi leal saber, que para el hombre que escriba es evidente la ventaja de ser ganadero, y no pudiendo lograr tanta ventura terrenal, ha de ajustarse á ella en cuanto le sea posible.

El encanto de lidiar una comedia en veinte minutos y sin ensayos, debe ser paradisiaco. Y no mudar decoraciones y no tener que pensar en los trajes, que el toro sale siempre con lo más sencillo de su guardarropa... ¡una delicia! ¡Si usted supiera lo que es el tener que vestir á las actrices!... A los hombres no lo sé yo tampoco, ni me corre prisa...

Y además, á mí me pasa siempre que, como mis gus-

## EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

EL nuevo Reglamento por el que, á partir de esta Nacional, habrán de regirse en lo sucesivo las exposiciones internacionales, tiene indiscutibles lunares y deficiencias que se irán tapando y corrigiendo; pero también tiene no pocos aciertos y ventajas.

A esto último se debe que podamos admirar lo más reciente, lo más seleccionado de la obra de un artista, á quien su categoría oficial ó su popularidad le concedan ese derecho.

Pueden los individuos del Comité invitar especialmente á los artistas á que presenten mayor número de obras, que las dos admitidas como máximo por el Reglamento—cual se ha hecho, por ejemplo, con los Sres. Mir, Galvey y Zaragoza—y pueden los artistas que posean primera medalla solicitar les sea concedida una sala para exponer un conjunto de obras que muy bien pudiera merecer la medalla de honor.

En estas condiciones exponen actualmente ocho artistas de reconocidos méritos y á quienes muchas veces la gloria ha cubierto de laureles. Sobre todo siete de ellos figuran por derecho indiscutible al frente del maravilloso renacimiento del arte español contemporáneo.

De ellos, cuatro han solicitado expresamente la medalla de honor: el escultor Inurria y los pintores Rusiñol, Domingo y Benedito; tres no la han solicitado expresamente, aunque fácilmente exponen su derecho á ella: Bilbao, López Mezquita y Romero de Torres. En cuanto al señor Muñoz Degraín, que también tiene salón especial, presenta desinteresadamente su magnífico conjunto de obras, puesto que esa altísima distinción que consagra en España de un modo definitivo á los artistas, le fué otorgada en la Exposición Nacional de 1910.

Bien puede darse el caso de que los pintores que han solicitado la medalla de honor se queden sin ella y en cambio sea concedida á uno de los tres que no la solicitaron. Por primera vez sólo tomarán parte en esta votación los artistas que tengan primera medalla. Sin que esto sea poner peros á las medallas de honor anteriores, bueno será hacer constar que nos parece más legítimo, más halagador el triunfo ahora que antes, cuando tenían derecho á votar hasta las menciones honoríficas, dándose casos tan lamentables como los de ciertos escultores que



ROMERO DE TORRES

hacían pasar por discípulos suyos hasta el jardinero, el portero y el cocinero de su hotel para obtener menciones honoríficas que luego serían votos aprovechables.

En mi modesto entender, la medalla de honor debe otorgarse únicamente en dos casos. Como consagración de una larga serie de triunfos ó como premio á una vida de luchas abnegadas y renovadoras. En este caso se encuentran Santiago Rusiñol y Gonzalo Bilbao. Como premio á un conjunto de obras que representen manifiesta superioridad sobre las demás y que signifiquen la granada madurez del artista que no abdicó jamás de su técnica ni de su ideal estético, sin dejarse engañar ni seducir por las ajenas desorientaciones ni por las tentadoras voces de sirena de los éxitos pecuniarios. En este caso están López Mezquita y Romero de Torres.

En cuanto al escultor Mateo Inurria se reúnen ambos casos. Ningún escultor español contemporáneo puede ni debe disputarle ese legítimo derecho á una gloria conquistada con una pureza de ideales, con una sana tendencia, con un abnegado entusiasmo por su arte del que no existen precedentes en la escultura contemporánea.

ooo

Mateo Inurria tiene una instalación especial en la sección de Escultura. Manuel Benedito, Francisco Domingo y Santiago Rusiñol salas enteras, y Gonzalo Bilbao con José M.<sup>a</sup> López Mezquita, y José Muñoz Degraín con Julio Romero de Torres, salas á medias.

No nos explicamos claramente esta diferencia. El Comité la explica diciendo que los tres primeros han solicitado expresamente la medalla de honor. Esta no es una razón. Puede ser una disculpa.

Mateo Inurria da en la sección de Escultura, que podríamos llamar el triunfo de la escayola, una nota admirable y palpitante de vida donde tanta sensación de muerte, de rigidez, de mal gusto hay. Hemos dicho ya que este año la escultura presenta un conjunto lamentabilísimo de mediocridad del que sólo se salvan los envíos de alguno de los jurados y de otros muchachos como Francisco Marco y Pérez Sejo.

Las obras de Inurria las conocen los lectores de LA ESFERA (1). Cuantas figuran en esta exposición—*Gitana*, los retratos de las Srtas. Montoya, la *Cabeza de mujer*, *El Idolo* y el maravilloso *Desnudo*—tuvimos el honor de reproducirlas en estas páginas con los comentarios fervorosos, entusiastas, que nos sugirió y nos sigue sugiriendo la obra del maestro. Ha llegado Inurria á tales maestrías y virtuosismo de su técnica, que sorprende como un milagro ver sus esculturas. Están animadas de un poder vital extraordinario. Se borra, desaparece la idea del

duro material en que están trabajadas é imaginamos que es carne lo que ven nuestros ojos y palpan nuestras manos, que debajo del mármol va la sangre y alienta el espíritu y late el corazón. Y si me preguntáis cual maravilla es la más alta entre tantas maravillas, responderé sin vacilar que ese desnudo femenino, ante el cual se explicaría como realidad la simbólica leyenda de Pigmalión.

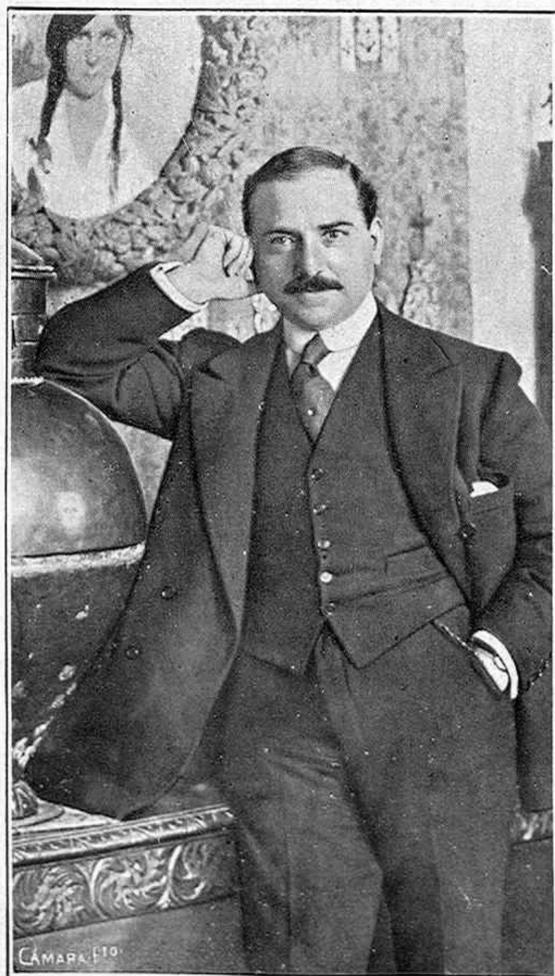
Santiago Rusiñol expone doce paisajes. Son como el resumen, como el pináculo, como la quintaesencia de su arte. Diferentes todos ellos entre sí, guardan esa estrecha relación de armonías y de tendencias que hizo del gran artista, desde sus primeros cuadros, uno de los más nobles maestros del paisaje, en todos los tiempos y en todas las escuelas pictóricas. A cual más diversas las doce obras, responden á distintos estados de espíritu y sugieren opuestas sensaciones; pero siempre va en todas envuelta la sensación de paz, de melancolía, de bienestar sentimental que no vacilamos en adjetivar rusiñolesca. ¿Podría destacarse de ese conjunto admirable una obra sobre todas las demás? Parece imposible esta superación del artista á sí mismo.

Y, sin embargo, es posible. Santiago Rusiñol expone la obra-cumbre, la que sin vacilar, sin rectificaciones ulteriores, podríamos afirmar que que es el mejor paisaje de esta exposición tan rica y pródiga en bellos paisajes y que es también la obra más fundamental que ha salido de los pinceles y del espíritu del pintor-poeta. Me refiero á *Almendros en flor*, donde hay una extraordinaria maestría en el color, en la armónica relación de los tres términos tan distintos, en la serenidad y la gracia fundidas para crear una obra perdurable y única.

También la mayor parte de las obras de Muñoz Degraín es conocida de nuestros lectores. *La Esfera* ha publicado recientemente, á todo color, ese *Coloso de Rodas* (1) que parece brotado de una imaginación juvenil en toda la integridad del ensueño, y de una equilibrada madurez en toda la potencialidad de la técnica.

Pero al lado de esta obra, que constituye una de las vigorosas muestras de la colosal importancia estética de España en los comienzos del

(1) Núm. 64 de 20 de Marzo de 1915.



MANUEL BENEDITO



JOSÉ LÓPEZ MEZQUITA

(1) Véase el núm. 29 de 18 de Julio de 1914.



GONZALO BILBAO

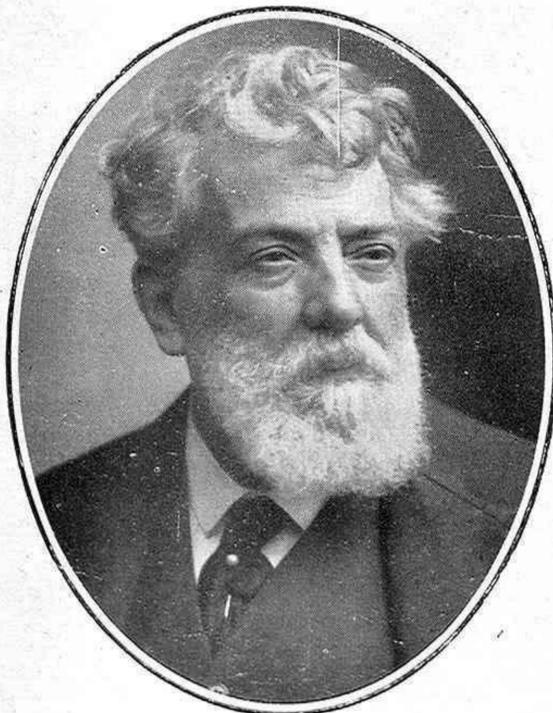
siglo XX, expone el maestro valenciano varios paisajes admirables, dotados de ese *quid divinum*, de esa característica luminosidad que han hecho de Muñoz Degrain uno de los primeros paisajistas del mundo, y una actualidad siempre interesante, siempre llena de enseñanzas, siempre contemporánea; lo mismo en las épocas en que predominaban los frios academicismos que ahora, cuando interpreta en toda su integridad el paisaje.

Gonzalo Bilbao es uno de los dos ó tres aciertos rotundos de la Exposición Nacional de 1915, que no vacilamos en considerar infinitamente superior á las tres ó cuatro anteriores.

Sólo expone el maestro sevillano un cuadro y los bocetos, apuntes ó estudios que marcan la gestación de la obra definitiva. Es el *Interior de la Fábrica de tabacos de Sevilla*.

Significa la obra de muchos años y ante ella queda suspenso el ánimo y una entusiasta admiración nos emociona. Gonzalo Bilbao torna á la inspiración y á la técnica de su primera época. Parecen olvidadas ciertas desviaciones zuloaguistas que iniciara *La Esclava*, y es la jugosidad, el brío, la luminosidad, la riqueza colorista y el dominio exacto del ambiente lo que hallamos en este cuadro como una rectificación de lo que vimos en los anteriores. A propósito de la luz, de cómo está pintado «hasta el aire», hemos oído pronunciar el título velazquino de *Las Hilanderas* y no hemos protestado. Estamos en presencia de lo más grande que ha hecho Gonzalo Bilbao, el autor de tantos cuadros magníficos.

Y para que todo haga de esta sala la de más recio españolismo, aquella en que está reunida la más genuina tradición pictórica española, ha-



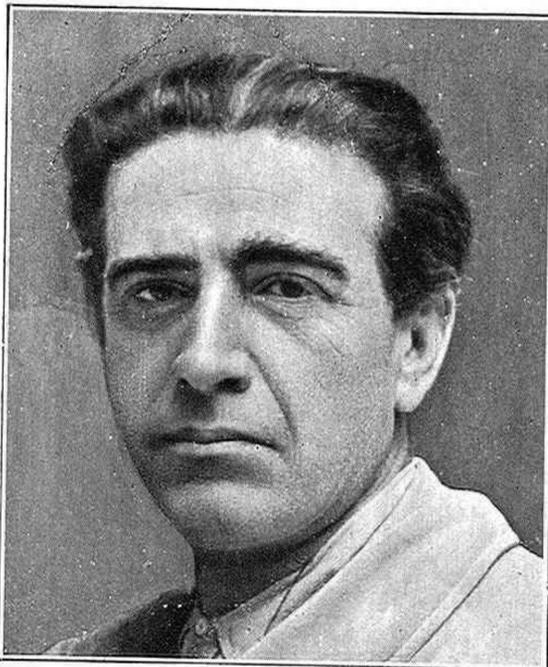
FRANCISCO DOMINGO MARQUES

llamos también los envíos de José M.<sup>a</sup> López Mezquita.

Doce cuadros expone el joven maestro. Todos ellos dan muestra de cómo López Mezquita ha llegado á la plena madurez de su talento. Como en un espléndido tesoro se reúnen en estos cuadros las portentosas cualidades de artista y de técnico que caracterizan á López Mezquita. La mayoría de los lienzos son retratos, en cuyo aspecto de la pintura López Mezquita no puede ni debe temer á ningún rival. De ellos, el de la infanta Isabel con la marquesa de Nájera; el admirable de la señora de Eizaguirre, tan elegante, tan refinado y exquisito; el de la señorita de Bermejillo, amplio, señorial, todo esbeltez y serenidad; el de *Machaquito*, en que la brillantez de la figura principal contrastando con la trágica cabeza del caballo muerto es un alegato en favor de nuestros esfuerzos antitaurinos; el cuadro de las *Dos segovianas*, y tantos otros de que se hablará pronto y con más amplio espacio en estas páginas y que forman un conjunto de exuberantes facultades y magnos aciertos.

Julio Romero de Torres es tal vez el año en que mejor se presenta. Nadie entre los críticos de arte ha discutido más que yo á Romero de Torres. Mi noble sinceridad de la Exposición de 1912 es la misma de ahora. Y ahora creo que Julio Romero de Torres ha llegado á expresar el alma de Andalucía, como nunca la expresó después de aquella *Musa gitana*, que no vacilo en considerar de lo más hermoso que se ha producido en nuestra pintura.

Ya no es Romero de Torres el de las mujeres



MATEO INURRIA

hieráticas, como muertas ó hipnotizadas, en afectadas posturas, en una monotonía de actitudes, expresiones y hasta miradas, intolerables en absoluto. Ahora en estos cuadros admirables de hoy, Romero de Torres ha evolucionado. De carne y hueso parecen sus mocitas y colorea su piel la sangre interior y cada una tiene su expresión peculiar y distinta.

Todavía pudiéramos reprochar algo de la preocupación anterior en algunos de los cuadros que integran *El poema de Córdoba*; pero hay retratos, hay cuadros como *El pecado*, donde Romero de Torres ha pintado el segundo gran desnudo de toda su obra, tan extensa—el primero, *La musa gitana*,—que colocan á Julio Romero de Torres á una altura considerable.

Tenemos el propósito de estudiar muy pronto en LA ESFERA la personalidad del joven maestro y entonces será llegado el momento de analizar sus obras y justificar los elogios que nos merece y que no le escatimaremos, con la misma independencia y sinceridad que no le escatimamos los reproches en 1912.

Una respetuosa timidez sujeta nuestra pluma al escribir el nombre de Francisco Domingo.

Francisco Domingo vive hace muchos años en París. Fuera de España, alejado de nuestro ambiente artístico, se ha acostumbrado al otro divorcio—peor aun—del siglo en que vive.

Cuando entramos en la sala donde están expuestas las obras de Francisco Domingo, creemos entrar á un Museo, no que estamos en una exposición del año 1915.

Como evocación de una época pretérita, estos



ANTONIO MUÑOZ DEGRAIN

cuadros del viejo maestro nos interesan. Como significación de un arte en competencia con el respeto actual, nos entristece un poco.

Líbrenos Dios de atacar estas obras ni de inferirlas el agravio de un desprecio. No son de nuestro siglo y—ya lo hemos dicho antes—el nos impone silencio.

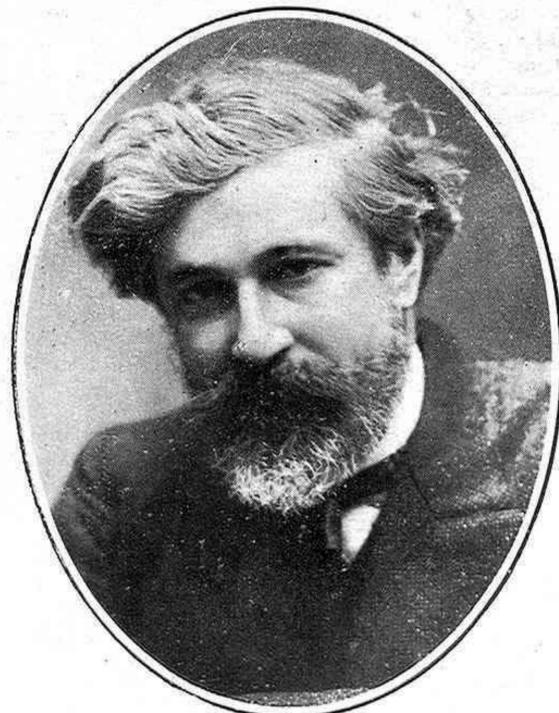
Por último, Manuel Benedito—cuya sala es la mejor de luz y de situación—nos causa una estupefacción, donde entra por mucho la tristeza.

Manuel Benedito es un gran técnico. Sabe como muy pocos todos los secretos de su arte. Hay lienzos del maestro valenciano que sólo él podría firmar. Pero Manuel Benedito falsea esas condiciones, se abandona á la fácil conquista del dinero, se mercantiliza de tal modo que no podemos ni debemos callar nuestra protesta. Nadie puede alabar sin grave peligro de injusticia este nuevo aspecto del Sr. Benedito. Nadie. Ni él mismo.

Al lado de los lienzos de la última época, donde vemos al vigoroso maestro de aquella inolvidable exposición de tipos holandeses y bretones, celebrada en *Blanco y Negro*, transformado en un lamentabilísimo *pasticheur*, encontramos cuadros de otras épocas que Benedito ha colocado como escudo contra los ataques.

Lealmente creemos que Benedito se ha equivocado. Podrá su última manera proporcionarles mucho dinero entre la gente que prefiere las cosas que creen «bonitas» á las que son realmente bellas; pero una vez elegido ese camino deberá despedirse del otro: de las verdaderas victorias estéticas.

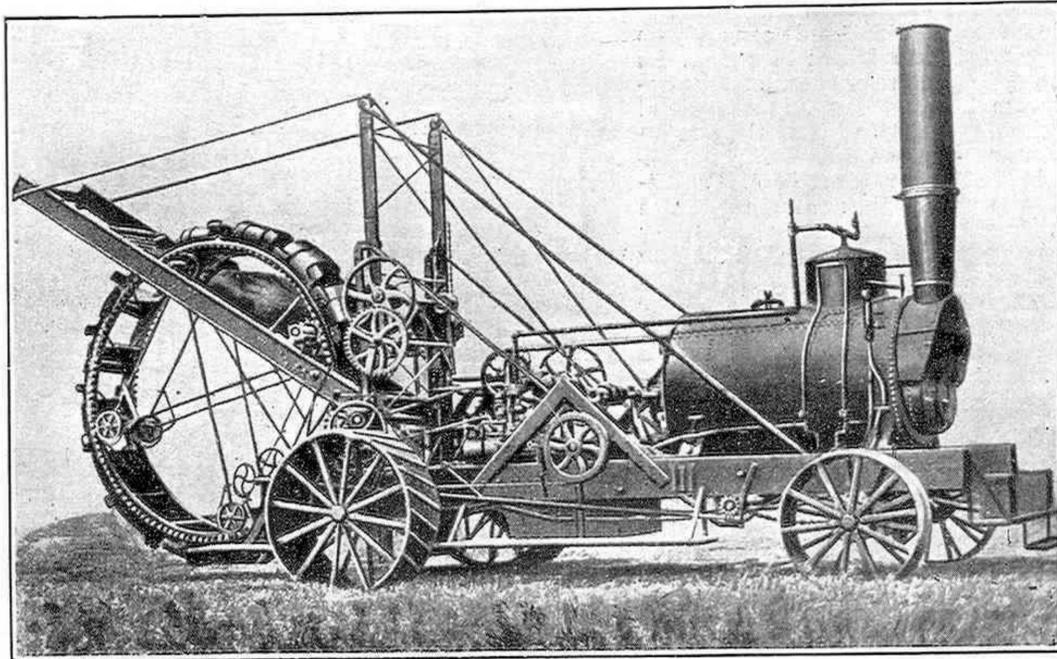
SILVIO LAGO



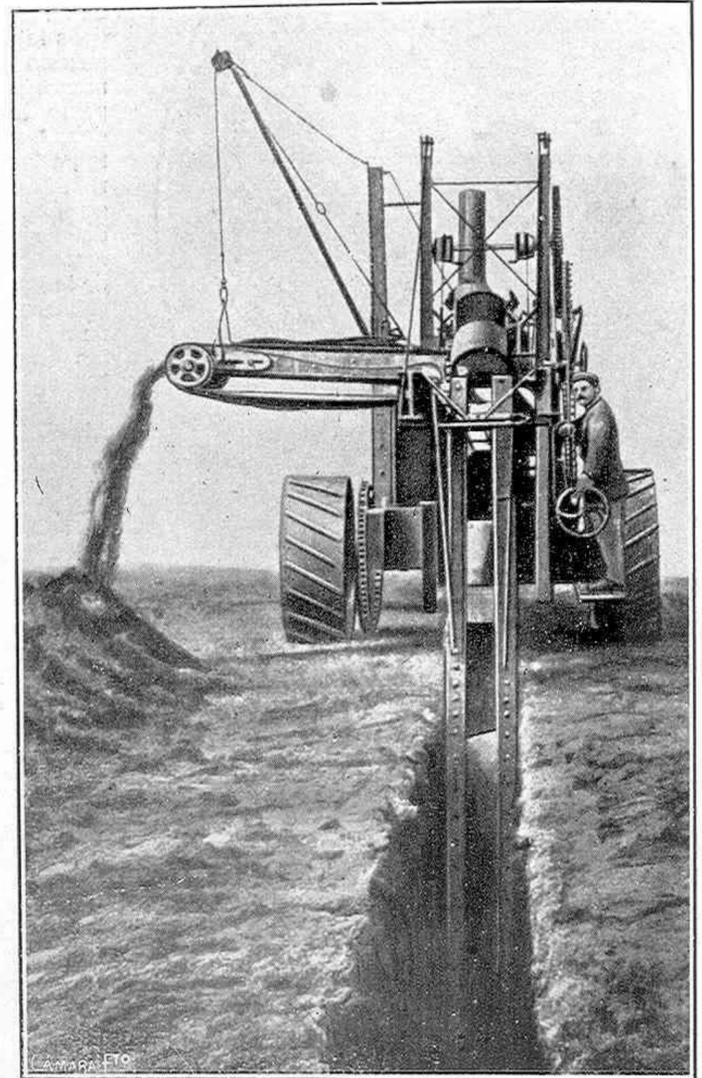
SANTIAGO RUSIÑOL

LAS TRINCHERAS DE FLANDES

MÁQUINAS EXCAVADORAS



Máquina excavadora de vapor para hacer trincheras, que usan los alemanes



La máquina excavadora en acción

Esta lucha cruenta y tenaz ha dado al traste con la fortificación permanente y ha encumbrado, hasta hacerlos su principal medio de acción, los atrincheramientos del campo de batalla.

Fuertes, campos atrincherados, cabezas de puente, plazas amuralladas, baluartes sólidos, son ratoneras de soldados inexpertos y de capitanes inhábiles. Las trincheras en campo abierto, los caminos cubiertos de zanja á zanja y lejos de poblado; mucha tierra movida en los linderos de los bosques, en las crestas de los altozanos, en las riberas frondosas de los riachuelos, al borde de los canales, junto á las cunetas de los caminos, entre los surcos que labró el arado, y de zanja á zanja paralelas, y bajo la tierra minas y contraminas: ¡Guerra de topos!

Enseñanza de la campaña ruso-japonesa fué el empleo, por ambos bandos beligerantes, de trincheras estrechas, profundas, casi enterradas, de parapeto apenas perceptible, desfiladas de las vistas del enemigo; pero estos atrincheramientos no hicieron perder á las fuerzas en presencia su legítimo espíritu ofensivo.

Para la construcción de trincheras sobre el campo de combate llevaban los japoneses un útil de zapador por cada dos hombres, bien sobre su ligero equipo de campaña, ya en bastes sobre animales de carga. En los rusos la proporción fué la misma; los útiles transportados lo eran en proporción de dos tercios por los tiradores y otra tercera parte por los carruajes regimientales.

Al final de aquella memorable lucha, los japoneses, aleccionados por sus duras enseñanzas, elevaron la proporción de útiles á uno por tirador.

El espíritu metódico científico de los estrategas alemanes ha ido más allá, completando la acción del hombre con el empleo de máquinas especiales para abrir trincheras, usadas por vez primera en

los anales de la guerra frente á los terrenos inundados del Iser.

Son estas potentes máquinas las mismas que en la era de paz rasgan la superficie terrestre para iniciar los grandes trabajos de apertura de canales, trincheras de vías férreas, drenajes y canalizaciones de agua y gas, rompiendo los terrenos más duros.

Después de Flandes, la Champaña ha sido surcada de trincheras abiertas por estas máquinas gigantescas, manejadas por un solo mecánico colocado sobre la plataforma, en alto, del excavador; un guía la hace maniobrar. El excavador es automático, y por palancas de mano y pie dirige el mecánico los movimientos de ascenso y descenso de la rueda excavatriz y de avance y orientación de todo el

aparato. Su rendimiento está en relación con la dureza del suelo y funciona con idéntica sencillez en rampa, como en pendiente en alineación

sensiblemente recta. En condiciones normales abre por minuto una trinchera de cerca de un metro de profundidad y de 0,71 á 1,22 de anchura, en longitud proporcionada á la naturaleza del terreno. Con varios recorridos en la misma zona puede aumentarse hasta el límite apetecido la anchura del atrincheramiento.

Funciona el aparato á manera de locomóvil, y puede girar en un radio de diez metros. Su velocidad sobre carretera puede ser hasta diez kilómetros por hora. Entonces la rueda excavatriz va suspendida, sin ahondar ni rozar el suelo. Sencillos organismos equilibran el peso, y aun permiten alargar la acción de la mencionada rueda. Cangilones de noria recogen la tierra excavada, y por la intermediación de un plano giratorio la depositan lateralmente para organizar el parapeto.

La caldera es de tipo vertical.

¡Prodigio de la mecánica puesto al servicio inhumanitario de la táctica!



Una trinchera de paso en la línea de fuego alemana

FOTS. ALFONSO CAPITAN FONTIBRE